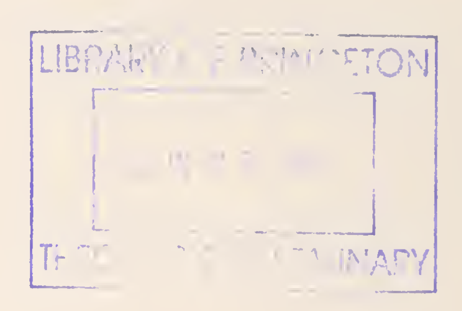



LIBRARY OF PRINCETON
THEOLOGICAL SEMINARY



Solidaridad

9



Junio 1944

BUENOS AIRES



OMO desde la aparición de nuestra revista, las páginas de ésta no tuvieron otra misión sino la espiritual de unir a todos los pueblos dentro de la verdad católica claramente expresada en el Evangelio y en las Encíclicas de los Romanos Pontífices; sólo hemos tratado hasta ahora temas religiosos y morales, que precisamente sirvieran de unión a todos los católicos de buena voluntad de nuestra patria, de América y del mundo.

En nuestra revista no quisimos tratar temas delicados como lo son todos los que se relacionan con el conflicto armado que está ensangrentando al mundo desde hace ya cinco años y que ha conmovido los fundamentos del viejo continente extendiendo la miseria y los sufrimientos más crueles hasta millones de hombres.

Ante la destrucción de Europa y la pérdida de la influencia de los países católicos del viejo continente, desearíamos que nuestra patria, la República Argentina y las naciones católicas hermanas, de América, se prepararan espiritualmente para cumplir la gran misión de salvaguardar la cultura cristiana recibida de Europa y la no menos grande de influir espiritualmente en los demás continentes.

En el momento actual, no podemos dejar de aludir al gran peligro que amenaza evidentemente de parte de la Rusia comunista y atea, no sólo a ciertos países de Europa, sino a toda la Iglesia Catótica y al mundo cristiano.

Hace años Pío XI previó con claridad meridiana el peligro del comunismo ateo que tiende a derrumbar el orden social y a socavar los fundamentos mismos de la civilización cristiana.

Este peligro era ya muy grave en los momentos en que se publicó la encíclica "Divini Redemptoris". Pero ahora, cuando los ejércitos soviéticos amenazan al corazón mismo de Europa, cuando la propaganda comunista hace explosión no solamente en los países vecinos, sino hasta en los rincones más apartados de la tierra y más alejados de Rusia, sin exclusión siquiera de la América del Sur, el peligro se vuelve actualísimo y eminente.

Afirmamos que el peligro es grave y lo destacamos como algo que urge prever y evitar no solamente por los evidentes éxitos de las armas rusas y de la política imperialista moscovita, sino precisamente por la despreocupación que invade a muchos deslumbrados y cegados por otros problemas de importancia menor. La política comunista que es simultáneamente filosofía y sociología adopta una táctica nueva de proselitismo.

La Rusia Soviética, que evidentemente desea alcanzar la hegemonía al menos sobre toda Europa, dirige sus esfuerzos con esa finalidad pero en etapas, con el propósito de sovietizar gradualmente, a todos los países vecinos a Rusia y como es natural, encuentra serios obstáculos a su paso.

Se oponen a la hegemonía rusa, los países vecinos que vieron de cerca el verdadero aspecto del "paraíso comunista" y que saben reconocer la triste realidad de la ruidosa propaganda. El obstáculo principal en la realización de los planes de sovietizar a Europa es y será siempre la Iglesia Católica, la cual jamás contraerá compromisos de ninguna clase con el comunismo ateo.

El amo del Kremlin ha comprendido perfectamente esta posición de la Iglesia Católica y por eso ha comenzado sus ataques por el baluarte más fuerte.

En primer lugar, aplicó una táctica de ataque directo contra la cabeza de la Iglesia: el Santo Padre. En las columnas del diario "Izvestia", órgano oficial del gobierno soviético se acusaba al Vaticano en forma tan violenta como calumniosa de "complicidad con el nazifascismo". Contra éste y otros ataques directos alzaron su voz: lo más selecto de la prensa española y portuguesa, la Acción Católica de diversas naciones, los obispos polacos, y toda la América del Sud. Y por defender al Santo Padre se han opuesto a la política rusa escritores como Bernanos y prelados como monseñor Sheen. Más aún, todos los católicos de los Estados Unidos y de Inglaterra, naciones aliadas de Rusia, han protestado en forma enérgica en defensa del Romano Pontífice.

Este género de ataque directo a la religión católica que parecía obedecer a un consigna general no dió el resultado que esperaba el comunismo y el señor Stalin por vía de ensayo cambió su táctica.

Confiando en los resultados ciertos que había dado a la propaganda comunista el engaño de la reposición del Patriarcado Ortodoxo, no solamente en los países ortodoxos de los Balcanes; el amo de Kremlin ordenó cambiar el tono de los artículos de la prensa y de las declaraciones oficiales, para lo que dispuso se tachara todo lo que pudiera significar una crítica contra la Iglesia. Por otra parte, confiando en la ceguera e ingenuidad de los occidentales publicó declaraciones en las que reconocía el significado de la religión y prometía libertad de acción a la Iglesia. Contaba de este modo con abrir una brecha en el frente unido de los católicos reunidos en torno al Santo Padre.

Un ejemplo típico de esta táctica fué el conocido caso de Orlemanski, que acaba definitivamente de abrir los ojos de todos y debe tomarse como lo que es: signo del formidable peligro comunista que no despreciará medios ni sistemas para sus fines demoledores y perversos.

El Episcopado norteamericano solucionó rápidamente el caso, llamando al orden al desobediente cura párroco, y Stalin se convenció de que la Iglesia Católica es un adversario mucho más poderoso que el débil y dividido clero ortodoxo.

En la Argentina y en Sudamérica no tenemos ningún Orlemanski, pero en los pueblos católicos Stalin cuenta con un poderoso aliado para sus ideales, es nuestro desconocimiento mutuo y nuestra falta de unión que el gran dirigente de todas las rusias ha comenzado a explotar. El comunismo no es el cuco lejano que haya de contentarse con atacar el corazón de Europa y extenderse por todo el viejo mundo, el comunismo es un peligro hoy más real y poderoso

que nunca y del que debemos precavernos todos si los pueblos vírgenes de Sudamérica no quieren verse envueltos en su avalancha.

Dentro de lo espiritual el pseudo ideal del comunismo concretado en la justicia, igualdad y fraternidad en el trabajo, le comunica un misticismo que halaga a las masas y las contagia. De hecho el comunismo despoja al hombre de su libertad que es el principio de su conducta moral, suprime toda la dignidad a la persona humana y arranca hasta el último freno moral contra el asalto de los tímulos ciegos.

El hombre queda transformado en rueda de engranaje y la familia y el honor de la mujer y el cuidado de los hijos son expresiones sin sentido. Sólo se tiende al goce de los frutos de la tierra y es lógico que de este paraíso desaparezca Dios.

La economía liberal preparó el camino al comunismo con la propagación del laicismo promovido como signo de progreso y de ciencia.

La guerra actual es el resultado de la práctica liberal en sus últimas consecuencias. Volver al liberalismo por el camino racionalista como ley suprema e independiente del hombre o por el positivismo materialista, sería no haber comprendido la más amarga y cruel de todas las lecciones que la historia ha asestado sobre la fatuidad del ser humano.

El único y básico remedio para la sociedad de postguerra, no puede apoyarse en consecuencia, sino en la sincera renovación de la vida privada y pública de todos según los principios del Evangelio. Los cristianos, que debemos ser la sal de la tierra para preservar a la sociedad humana de la corrupción total, estamos obligados antes que nadie a vivir toda la sinceridad de nuestra fe, que sin obras sería vana, según la exacta expresión de San Pablo.

"Bienaventurados los pobres de espíritu". Los cristianos somos los primeros obligados a escuchar al apóstol Santiago: "Ricos, llorad, levantad el grito en vista de las desdichas que han de sobreveniros. Podridos están nuestros bienes; y nuestras ropas han sido roídas por la polilla. El oro y la plata vuestra se han enmohecido; y el orín de estos metales dará testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como un fuego. Os habéis atesorado ira para los últimos días" (Santiago V. 1 - 3).

Las palabras del apóstol son de claridad meridiana y es menester tomarlas con todo el sentido sobrenatural que suponen para que no nos avergoncemos de vivir nuestro cristianismo en todas partes y para que logremos la unión en la que debemos estar todos empeñados. Solamente con este espíritu y con esta conducta, el obrero y el pobre se despojarán del prejuicio de que el cristianismo ya no tiene eficacia y de que la Iglesia está de parte de quienes explotan su trabajo.

La falsa base filosófica y sociológica de la doctrina comunista, que se funda en el ateísmo, no sería tan peligrosa para el mundo cristiano si no estuviese apoyada por el ejército rojo y por el poderoso aparato de los agitadores comunistas organizados en todo el mundo y vinculados por fanatismo, disciplina y mutua solidaridad.

El gobierno argentino ha valorado antes que ningún otro gobierno el peligro comunista, por eso lucha con energía contra él. Pero este proceder magnífico de nuestro gobierno no es suficiente para que nosotros los católicos descansemos sobre los laurales. Las diferencias que separan a los católicos, diseminados en todos los continentes, deberían ante el peligro comunista ocupar un lugar secundario. A la solidaridad de la fuerza del mal y del ateísmo debemos oponer la solidaridad del mundo católico en la defensa de la fe, de la iglesia y de la humanidad.

Durante varios meses vivió la humanidad cristiana en la angustia por la suerte de la ciudad eterna y de la Santa Sede, amenazada por la tormenta bélica. Resepiró con alivio el mundo cristiano, cuando recibió la noticia de que Roma no había sido destruída y no nos cabe otra actitud mejor que la actitud del Romano Pontífice que agradece a Dios y a su Santa Madre el haber salvado a la Urbe del estrago bélico. "Con profunda gratitud —ha pronunciado su oración el Santo Padre— elevamos nuestras mentes y corazones en plegaria y adoración a Dios porque se ha dignado salvar a la Ciudad Eterna". No caerá en consecuencia sobre ningún pueblo, al menos por ahora, el terrible anatema que el mismo Pío XII pronunciara en su alocución del día 2 del corriente: "cualquiera que se atreviere a levantar la mano contra Roma se convertiría en reo de parricidio a los ojos del mundo civilizado y en los juicios eternos de Dios".

Habría sido inútil para cualquiera de los beligerantes la destrucción de Roma.

"Roma salvada" ha escrito Monseñor Franceschi en el último editorial de la revista "Criterio" que dirige. Artículo donde el ilustre polígrafo cita oportunamente las palabras del Presidente de Estados Unidos, Mr. Roosevelt, que reproducimos aquí por lo que significan de triunfo del espíritu sobre la materia: "además de los monumentos de la antigüedad también vemos en Roma el gran símbolo de la Cristiandad que ha llegado a casi todos los rincones del mundo. Hay otros altares y otras iglesias en muchos lugares; pero las iglesias y los altares de Roma son los símbolos visibles de la fe y la determinación de los santos mártires de que la Cristiandad fuera universal".

La Santa Sede no ha quedado, sin embargo, fuera de peligro. La amenaza de la misma manera que a toda la Cristianidad un peligro seguramente más grave que las bombas de los aviones, las minas y las granadas de la artillería. Desde Rusia avanza una ola de terror comunista y de veneno ateísta sin piedad y directamente contra Roma y el mundo cristiano.

Nuestro Señor Jesucristo prometió a la humanidad que "las puertas del infierno no prevalecerían contra la Iglesia". El diluvio comunista no destruirá el patrimonio de XX siglos de la era cristiana. El Evangelio seguirá siendo divulgado sobre la tierra, aunque sus apóstoles hubiesen pasado temporalmente a las catacumbas.

En esta lucha no debe faltar ningún católico creyente, ningún cristiano consciente. Así como en el plano sobrenatural nos une el Cuerpo Místico de Cristo, así en esta lucha del bien contra el mal reunámonos solidariamente alrededor del Vicario de Cristo!

Enrique Benítez de Aldama.

Solidaridad

REVISTA MENSUAL
Aparece el 1.er miércoles de cada mes

Calle SARMIENTO 412 - Piso 1 º
U. T. 71 - 8090 - Buenos Aires

DIRECTOR:
Doctor Enrique Benítez de Aldama



Solidaridad de los Católicos Americanos para la unidad del continente. Unidad del continente para la paz del mundo.

Año I — Junio de 1944 — N.º 9

La unidad de América, el catolicismo y el mundo del futuro

La unidad espiritual de las naciones de América y la acción de los católicos en construcción del mundo del futuro me parece tema, a pesar de socorrido, muy adecuado para informar un artículo escrito en esta patricia y montañesa Quito, relicario de las más preclaras joyas del arte colonial, y el cual artículo ha de ver luz, Dios mediante, en las páginas de una revista católica como lo es SOLIDARIDAD, entre el tumulto cosmopolita de esa magnífica Buenos Aires.

Apropiado, digo, porque en estas horas toda reflexión bien intencionada no es ociosa cuando conspira a una lúcida toma de posesión de las dificultades de problemas que nos afectarán a todos. Del tremendo parto de la guerra actual ya sabemos que van a surgir sobre el mundo, como de la caja abierta de Pandora, mayores males si cabe que los que actualmente afligen a la humanidad y que apenas la esperanza nos ayudará a resistir el acoso de las horas conturbadas que, ineluctablemente, han de sobrevenir. Esos males novísimos golpearán locamente todos los resquicios de la estructura social morderán en lo económico, en lo institucional político, en las relaciones entre estados, en lo religioso, en lo moral... y como sólo los apocados y los fatalistas se entregan inermes a los vaivenes del devenir histórico, he aquí que competa a la razón viril, por definición y por carácter, la decisión de calafatear la nave para afrontar los eventos.

Hay quienes piensan, regocijados, ante el curso previsible de los acontecimientos, que el eje de la civilización se desplazará hacia Améri-

Con seguro y recio aldabonazo la historia está llamando a las puertas de América para hacer de ella en verdad un nuevo mundo, el Nuevo Mundo de la fraternidad humana.

América tiene que prepararse para asumir con dignidad y eficacia sus tremendas responsabilidades.

Nuestro deber en la hora presente es estrechar filas en salvaguardia del porvenir americano. Hay que renovar y realizar todos los viejos conatos de vinculación y conocimiento interamericano.

La solidaridad exige el completo entendimiento de todas las naciones del continente; sin exclusión de ninguna, sin grupos antagónicos, y tanto más si la más fuerte es ocasionada a imperar por carácter o por los temores de una paz inestable.

El bloque hispánico de naciones americanas para actuar dignamente en el concierto continental debe acentuar y defender sus características diferenciales: la religión católica y el idioma español, su estilo de vida, su mentalidad jurídica. No hacerlo sería entregarse sin misión ni carácter para ser dominado y absorbido.

Las misiones protestantes en Hispano-América atentan contra el principal elemento que da fisonomía propia a las naciones. sudamericanas, contra nuestra religión católica.

ca, que nos acercamos a la hora cenital de este continente, lo cual es cierto. Nos hallamos diametralmente alejados de aquel año de 1899, cuando, en la primera conferencia internacional de la Haya, el emperador de todas las Rusias, pedía y obtenía que los países de América, con la sola excepción de los Estados Unidos, no fueran invitados a participar en la memorable asamblea. En 1937, Gabriel Hanoteaux ya podía escribir: "Las grandes cuestiones mundiales evolucionan ahora de tal modo que dependen en proporciones, que no pueden ser exageradas, de cómo las consideran las repúblicas americanas". Y dos años más tarde, en 1939, al inaugurarse la exposición del Libro Argentino en París, Paul Valéry, patéticamente exclamaba: "¿Qué será de nuestros tesoros y de nuestras esperanzas si una guerra acaba anonadando a la deplorable Europa? Una América más libre, sabia y confiada que nosotros habrá recogido lo mejor de nuestras obras". Si esto es cierto, no lo es menos que una tal excelencia comporta, necesariamente, hacerse cargo de responsabilidades tan agobiantes que, para sopesarlas, quizá no fuera inoportuno recordar aquí las proféticas palabras del Evangelio: "Y oiréis hablar de gueras y rumores de guerras; se levantará nación contra nación y reino contra reino; y habrá pestilencia y hambres, y terremotos por los lugares. Y todo no será sino el comienzo del sufrir".

Desde luego, y por fortuna, América tiene a la vista la lección de Europa, de la Europa desunida por las rivalidades, las injusticias, los odios raciales, las ambiciones de hegemonía, los choques ideológicos, por los problemas derivados de la superpoblación y de los escasos medios de subsistencia; y América naturalmente exenta de muchas de esas taras, ha aprovechado esa lección. En verdad, nuestros ideales confraternos son más antiguos: nacimos bajo el bendito signo de la unión. Nuestras cruzadas libertadoras no tienen ejemplo en edad ni sitio alguno de la tierra. Alejandro, César, Tamerlan, Gengis-Kan, Napoleón, etc., movieron ejércitos más allá de las fronteras nacionales para destruir y conquistar. Bolívar y San Martín, para libertar y fundar. Cuando espíritus avisados descubrían en Europa, en plena consumación de la catástrofe, la confederación como panacea de los conflictos y diferencias entre naciones, nuestro Bolívar había soñado cosas interesantes a ese respecto en este continente y la doctrina de Monroe, sin duda que con espíritu menos generoso pero ciertamente más eficaz, había postulado una suerte de confederación virtual de los pueblos americanos que hizo encoger la zarpa depredadora a los reyes de la Santa Alianza. La Declaración de la conferencia panamericana de Lima, ya en plena madurez de las realizaciones, reza textualmente: "Que los pueblos de América han alcanzado la unidad espiritual". Y, seguidamente, explica que "ello es debido a la similitud de sus instituciones republicanas, iguales anhelos de paz, a sus profundos sentimientos de humanidad y tolerancia, y a su adhesión absoluta a los principios del derecho internacional, de la igualdad en la soberanía de los estados, de la libertad individual, sin prejuicios religiosos o raciales". A mayor abundamiento añadiré lo que todo el mundo sabe y tiene ejemplos recientes aquí, en el Ecuador: que salvo raras excepciones, nuestros diferendos en materia de límites fueron solucionados por la vía pacífica y jurídica, civilizada diría, del arbitraje. Lo cual afirma y confirma la práctica solidaridad de todos los pueblos del continente americano, una unidad de miras y de propósitos que es hoy al modo de una maciza proa, apta para hender las aguas del futuro.

Mas, todos sabemos también, que no es una unión sin graves defectos ni profundas fisuras; que todo está claro y rotundo en los discursos, en los anhelos y en los sueños de los pensadores y estadistas, y muy débilmente en la carne de los hechos. Las declaraciones oficiales, los trueques superficiales de amabilidades entre diplomáticos cobran a veces un sospechoso aire de ser más bien insinuante cortesía de vendedores sagaces y bien educados que estimación real, derivada del conocimiento.

En los hechos existe palmariamente lo siguiente: unos estados unidos de habla inglesa y unos estados desunidos de habla española, envueltos en una peligrosa niebla de valorizaciones defectuosas y engarabitada desconfianza mutua. Nos conocemos mal. Y es apodíctico que no se ama sino lo que se conoce. La decantada ignorancia geográfica del francés es también nuestra propia

ignorancia respecto, principalmente a las naciones de Hispano-América. Vivimos, hemos vivido, puede hablarse ya por fortuna un poco en pasado, aislados en nuestras ínsulas quijotescas, ignorando al vecino, o lo que es lo mismo, sustituyendo su auténtico semblante humano por el del fruto que nos vende. Nosotros, los ecuatorianos, somos para muchos, cacao, sombreros de jipijapa, madera balsa; el Brasil, café y bananas; Argentina, trigo y vacas; Bolivia, cobre; Chile, nitrato; Estados Unidos, cine, automóviles, jazz; y así los otros. El conocimiento de lo humano, de la cultura, de lo étnico, de lo espiritual y vivo sólo ahora aparece como fruto feliz de un hecho infausto, de la guerra, que ha roto —¡al fin!— el espejo cazador de alondras de Europa que por siglos nos tuviera deslumbrados. Ya no leemos tanto a Gide, Romain, Monrad; pero frecuentamos más a Azuela, Gallegos, Sherwood Anderson, Ciro Alegría, Alfonso Reyes, Vasconcelos, Icaza, Linch, Aluiso Acevedo, Alceu Amoroso Lima y tantos otros valores que por acá tenemos. Desde luego, esto ya es algo; es, por lo menos, la buena senda en la que hay que perseverar. Urge la toma de posesión de la América entera por el espíritu americano. Un chusco decía una vez, con seriedad oculta en la broma: "que debía haber en cada una de las constituciones americanas un inciso que ordenara: "Para ser Presidente de República será requisito indispensable haber viajado por otros países del hemisferio". Certero decir. Por imperio de los acontecimientos se está cumpliendo con las visitas repetidas entre gobernantes; las misiones culturales, el intercambio intelectual y artístico, las visitas de turismo, los viajes de estudio. Redescubrimos América, la América española sobre todo. Y es auspicioso que el argentino Arturo Capdevila haya podido decir, hablando de Oruro (Bolivia): "si no somos en rigor los pueblos de América tan buenos hermanos como quisiéramos, vamos siendo unos primos hermanos ya no del todo malos".

En cuanto a los Estados Unidos de América del Norte, bueno será anotar desde el principio, sin perjuicio de lo que con franqueza diremos después, que pasaron definitivamente, entre nosotros, los tiempos de ingenua y romántica exaltación de lo latino, con desmedro de lo anglo americano, en que se complacieron viejos liberales como Rodó, Ugarte y otros. La antítesis de Ariel y Calibán ya no tiene vigencia. Ni nosotros podemos encarnar, con muchos, a Ariel, espíritu del aire, ni los los Estados Unidos tiene tanto de Calibán como generalmente se cree, juzgándolos por su desalmado maquinismo, gigantescos *trust* y material opulencia. La tierra de Poe, Whitman, Emerson, Thoreau, Lincol, Longfellow, Hathorne, no puede ser por definición una tierra de mercaderes sin generosidad ni sueños. Y si es inegable que ha pagado y paga un fuerte tributo al materialismo y concepción pragmática de la vida, no es menos cierto que en los últimos tiempos la más despiadada y saludable autocrítica, honda inquietud por el propio destino, ansia de salvación y mejoramiento, han puesto en sus hombres de pensamiento los fermentos de una reacción espiritual. La vida norteamericana de estos años ya no sugeriría páginas de tan agobiante y sombrío pesimismo como las que trazó, hace más o menos veinte años, Dhuamel en sus famosas "Escenas de la vida futura". Hoy, un pensador de tanto fuste como Jorge Santayana, ha podido definir así a sus conciudadanos: "el norteamericano es un idealista trabajando sobre la materia". La obra insigne de sus sabios y artistas dan al gran país del Norte, honrosa ciudadanía en la cultura de Occidente.

En lo que concierne al conocimiento de los norteamericanos de sus vecinos latinos, anotaremos que allí vive un historiador como Herbert E. Bolton que sabe más historia de México que los propios historiadores mexicanos; E. K. Mapes, que sabe más cosas sobre la vida y la obra de Rubén Darío que lo que podamos saber nosotros del insigne vate nicaragüense; William Berrien, docto en literatura brasileña y música hispano americana; Percy Alvin Martín, especialista en biografías sudamericanas; Nathan van Patten, humanista especializado en literatura médica hispano americana. Y nada digamos de bibliotecas como las de la Universidad de Texas, de la Universidad de Duke, de la Universidad católica de Wáshington que poseen sendas colecciones, fabulosamente ricas, de libros sobre México, Perú, Brasil, etc.

La "good neighbouring policy" —la política de la buena vecindad de Roosvelt la

han tomado allá un poco más inteligentemente que nosotros, como una actitud de mutuo canje y se han puesto ha aprender el español, a leer la producción de nuestros escritores, viajar por los países de Hispano-América y relacionarse con sus gentes. Onerosos viajes de periodistas y hombres de letras de Sud América han sido costeados por el departamento de Estado y por instituciones particulares en un sincero intento de acercamiento.

Ahora bien, así presentado el panorama de las actuales relaciones interamericanas y supuesto que el ordenamiento del mundo futuro exigirá la función monitora o ejemplar de una América unida, cabe preguntarse cómo se estructurará esa unión. Algunos, con Heliodoro Valle, conjeturan "una América íntegra en la que todos hallen su convivio; digan su mensaje"... "Y el león apacentará junto al cordero", añadimos nosotros. ¡Muy idílico, pero poco verosímil!... Otra visión impone el obligado realismo. La de unos Estados Unidos de garras fuertes y potencia sin límite, predestinado al dominio del mundo". "No creo exista el peligro en lo futuro de un imperialismo político o económico norteamericano, aunque subsista el peligro del imperialismo cultura". A esa confiada aseveración de Tristán de Athayde (SOLIDARIDAD Nº 2) oponemos el último discurso de Summer Welles, donde el ex-secretario de estado denuncia el peligro de un posible imperialismo de su país en el continente americano, similar al que ejercerán, fatalmente, Rusia y Gran Bretaña en las respectivas esferas de sus influencias. Para él, no será gobernado el mundo por la ley fundada en el derecho y en las libertades humanas sino por la fuerza; una concepción puramente militar del poder será la base para la reconstrucción del orden mundial, a menos de que las exigencias de la razón permitan prosperar a la idea de un Consejo de Naciones Unidas, cosa difícil cuando las energías y el pensamiento de un país se concentran en la prueba de la fuerza.

"Nada de eso impide que debamos ser objetivos suficientemente para colocar en su lugar los peligros y no dejarnos vencer ni por el optimismo, ni por el pesimismo. Mirar de frente la realidad y conservarse frente a ella en actitud de "imperturbabilidad" tan recomendada por el Santo Padre Pío XII". Esta vez está en lo cierto Tristán de Athayde, cuyas son estas palabras que subscribimos con gusto.

Aquello resobado del panamericanismo, del americanismo, del hispano-americanismo, vuelve a renovar su beligerancia; yo creo que su particularismo puede superarse en una concepción integral y generosa, desprovista de enconadas aristas y esquinados preconceptos.

Respecto al anticuado panamericanismo, Roosvelt ha corregido la cicatería ambigua de la doctrina de Monroe, prohijando la idea de los Sáenz Peña y de los Drago: "América para la humanidad". Y en lo tocante a cierto hispano-americanismo, refistolero y malsinante, muy cultivado acá por los sectarios de extrema derecha, recordaremos una respuesta de Darío. Había publicado el poeta una poesía de salutación al Aguila yanqui y Rufino Blanco Fombona se lo reprobó agriamente. "Allí donde usted dice —le escribía— "Aguila, existe el Cóndor..." creí que usted iba a cantarle al *Aguila* cómo el Cóndor fué también testigo de la muerte y fundación de imperios... "Darío se limitó a responderle: Saludar nosotros al *Aguila?*... no tiene nada de particular. Lo cortés no quitá lo de Cóndor"... Con mente y manos limpias debemos ir al encuentro de nuestros poderosos hermanos del Norte. Pero, eso sí, acentuando hasta donde se pueda nuestras características personalisantes, y ellas son, más que un indianismo sentimental, limitado y sin prestigios vivos de cultura, nuestra religión y nuestra lengua, besanas fecundas donde no tenemos más que volver a arrojar semillas de voluntad, para lograr salvación en el cielo y en la tierra, en la cultura y en la historia. No se pueden preterir esos elementos: religión y lengua son los dos trazos de buril con que España nos talló reciamente el rostro, por los siglos, entre los otros pueblos de la tierra. Renunciar a ellos es entregarse mostrenco para ser disuelto en lo anodino, sin fisonomía ni carácter; traicionar de un solo golpe muchos siglos de historia y todo el tiempo por venir.

Clarín decía, refiriéndose a los españoles: "Yo no concibo un buen español, reflexivo, que se considere extraño al catolicismo". Igual cosa habría que repetir del

sudamericano consciente de serlo y con voluntad de continuar libre y sudamericano. Cuando el árbol ha de crecer más alto o resistir el vendaval, en las raíces se afirma. Nuestras raíces históricas y morales son el catolicismo y la lengua española. El altivo amor por estas cosas tan universales y al par tan americanas estamos seguros que nos conquistará el respeto de propios y extraños. No plañiremos así la tremenda desesperación del poeta:

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?

La hora es decisiva. Nuestro formidable hermano del Norte —comprendámoslo a tiempo— está predestinado al dominio del mundo o capacitado y obligado para su enconada disputa. Nuestras posibilidades de digna convivencia e intervención bienechora consisten en ir a él con nuestro estilo vital depurado y vivificado por la completa restauración de la fe católica y de los tesoros de la cultura de España. Así se realizará esa "América esperanza de la Iglesia" que proclamara Pío XII; así será fecundo el abrazo de las Américas y el diálogo de ambos continentes tendrá sentido.

Antes de terminar consignaremos una protesta. Si el catolicismo es nuestro substratum histórico y rasgo definidor de personal fisonomía, riñe agriamente con la decantada política de buena vecindad el hecho ingrato de la creciente penetración protestante en todas las naciones de Hispano América. No es, contra lo que pudiera suponerse, una reclamación en nombre de nuestra fe religiosa. Es una protesta en nombre de la dignidad cultural de las naciones de habla española, dueñas de una tradición universitaria teológica y filosófica de primer orden. No podemos mirar bien a esos pintorescos "misioneros" que desde EE. UU. nos invaden pretendiéndonos "convertir" como si fuéramos salvajes del Congo o Chinos idólatras. 70.000.000 de gentes sin religión hay en ese país. La caridad de estos señores debiera, pues, patrióticamente, empezar por casa. En países de catolicismo secular e ilustrado tales "colonizadores" religiosos son una ofensa. En cambio no lo son en Estados Unidos los sacerdotes católicos por el indiscutido derecho de la prioridad ya que llegaron con los conquistadores. Nada tienen que hacer entre nosotros esos pintorescos secuaces de marchamo inferiorisante tales como los pentecostales, anabaptistas del séptimo día, metodistas wesleyanos, devotos del "Father Divine", etc., turbamulta de amena religiosidad y caprichos, ritos, tan ingenuos como pedantes.

Prestigio de siglos tienen nuestros monumentales templos. Allí rezan bellamente, con sombras y luces, tallas en madera y piedra de manos indias sobre arquitecturas españolas; allí impretraron bendición conquistadores y libertadores para sus gloriosas empresas; allí el oro prócer de la fe antigua no admite ser profanado con los oropeles baratos de una fe extraviadas y novísima; allí, en fin, es donde iremos a pedir de lo alto las luces que esclarecerán las sombras y las zozobras del tiempo que nos aguarda.

La fuerza de América está en la solidaridad. Y si como quiere María de Maeztu los puritanos que llegaron en el "May Flower" a los Estados Unidos llevaron con ellos las virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza, templanza, que hicieron la grandeza de ese pueblo; nosotros tenemos en cambio las virtudes teologales que nos dejaron las gentes de España, la fe, la esperanza, la caridad, que impulsan a la perfección humana. Y yo diría, terminando, que, si las primeras son imprescindibles, deseables, para la eficacia de la acción inmediata y dar al hombre la corona del éxito en el señorío de las cosas terrenas; las segundas, son necesarias para abrir a la humanidad futura las rutas que han de llevarle, a través de los trabajos y de los días, a las puras cimas de la perfección cristiana y de la indisturbada paz.

Hispano América no puede renunciar a ser pregonera de una fe que inscribe en sus banderas el reinado social de Jesucristo, y tiene que decir su mensaje en el claro son del armonioso verbo castellano.

Quito, mayo de 1944.

Antón Belalcázar

La Grandeza del Hombre

MEDITACION FILOSOFICA

por el R. P. Paulo Siwek, S. J.
Prof. en la Universidad Gregoriana de Roma y en la Universidad de Río de Janeiro.

HA de resultar curioso ver cómo divergen las opiniones sobre la naturaleza *humana. Para unos, el hombre no supera al grano de arena o no pasa de un gusano casi imperceptible. Para otros, por el contrario, el hombre es un* ser divino, *una manifestación viva del* Ser Infinito. *Y sólo el hombre alcanza la conciencia de la plenitud de sí mismo.* Nada *para unos,* Dios *para otros, he ahí las opiniones de los hombres sobre la naturaleza del hombre.*

2. *No dejan, sin embargo, de tener cierta base objetiva, estos dos juicios opuestos.*

En efecto, el hombre es una singular mezcla de Nada y de Divinidad, de fuerza que impone respeto y de franqueza inaudita; ora se aplica a la virtud, ora se entrega al vicio; ora se encierra en un egoísmo estrecho; ora eleva vuelo por las alturas del altruísmo, del sacrificio y del heroísmo. En suma, el hombre es una mezcla de grandeza y de miseria. No es grandeza pura como Dios, no es miseria sólo como la Nada. Es grande hasta en sus miserias, pero tiene siempre algo de miserable hasta en sus grandezas.

Para probarlo, no precisamos ir muy lejos. Basta lanzar una sonda al fondo de nuestra conciencia, basta meditar sobre nuestra vida íntima. Tenemos conciencia *de nuestra imperfección, de nuestra flaqueza, de nuestra insuficiencia; nos sentimos descontentos, tristes e inquietos. Ahora, estos sentimientos atestiguan que somos algo infinitamente más* grande *y más noble que todos los seres del mundo visible. El guijarro en el camino, la flor en el campo, la hormiga en su hormiguero están satisfechos en su pequeñez; nada les falta; bástales la felicidad de la materia de que están constituídos. Nada más ambicionan. Son, pues, de rey destronado las miserias del hombre y nos hablan con elocuencia de su grandeza.*

3. Examinemos con más cuidado, esa grandeza ligada al hombre siempre y por todas partes, en la buena y en la mala suerte; grandeza inherente a su naturaleza, a su esencia. Por eso mismo, se encuentra en cada hombre: rico o pobre, sabio o ignorante, grandeza que por lo tanto, no depende de los caprichos de la Fortuna: éxito, honra, gloria; grandeza en fin, cuyas raíces se entrañan en las profundidades metafísicas del ser humano. Nos alejamos de esas profundidades, para meditar a distancia sus dimenciones: las dimenciones de la voluntad, *del* corazón, *de la* imaginación, *de la* inteligencia.

I.—La voluntad en procura del infinito

4. Todo pasa en la Naturaleza. Es ley inflexible. Bien la conocemos. Las nubes revolotean en el firmamento y se disuelven, se marchitan las flores, la juventud muere. Sabemos perfectamente que ha de llegar un día, en que se dirá de nosotros: ya no vive. Sabemos que ese día no tardará. Compárese nuestra vida con el torrente impetuoso de las montañas, la flecha disparada por el arco, el viento que corta el espacio, la golondrina que, persiguiendo insectos cruza el aire como un dardo.

No ignoramos nada de eso. Y en tanto soñamos con la inmortalidad. *Una voz clama en nosotros* Nom omnis moriar, *no moriré del todo. Y nuestra naturaleza se revela contra esa idea de que se convierta en Nada en nuestro destino eterno. Examinemos en torno a nosotros, hojeemos la historia de la humanidad. Unos se esfuerzan por inmortalizar su nombre en las ciencias, otros en el arte, otros en actividades políticas o en la vida social. Encuéntranse algunos también, que por una extravagancia o por un crimen sensacional, procuran ser célebre. Sólo por inmortalizar su nombre, se confesó Eróstrato ante el tribunal, (año 356 a. C.) como autor del incendio del templo de Artemisa, en Efeso. Unos quieren perpetuar la familia, para subsistir indefinidamente en los hijos y en sus descendien-*

tes. Otros procuran dejar a la posteridad un recuerdo imperecedero de su belleza, reproduciéndola en un retrato o en una estatua. Y sin excepción todos desean prolongar el amor hasta el infinito: los jóvenes corazones trocan juramentos ante el altar, con un acento único: "tuyo para siempre". Los reyes de Egipto mandaban que sus cadáveres fuesen embalsamados con cuidado excepcional y depositados en imponentes pirámides, donde pudiesen estar siempre conservados. Los Asirios y los Babilónicos gravaban los faustos memorables de su historia en ladrillos de arcilla indestructible que aún hoy nos evocan el esplendor de sus pasadas glorias. Los hombres y las mujeres ilustres (por lo menos los que así se consideran) escriben diarios íntimos. autobiografías y memorias, para pasar de este modo a la inmortalidad. Y si una gran mayoría de hombres, no emplea estos medios demasiado humanos, es porque se desquita entretanto con la esperanza que le infunde la religión: los pequeños y desconocidos en la tierra, gozarán gloria eterna, que sobrepuja a todas las glorias humanas. Así pues, la vida misma murmura el cántico de su inmortalidad.

Niestche ha escrito: "No paso de un animal, a quien enseñarán a danzar, dándome golpes o golosinas"; y mientras tanto, compuso el magnífico himno a la inmortalidad, con el título: "la media noche". El impío y cínico Alfredo de Musset, nos legó un canto dilacerante: "Malgré moi l'Infini me tourmente, "A mi pesar me atormenta el infinito" (L'Espoir en Dieu).

No pretendemos demostrar aquí la inmortalidad del alma; lo hemos hecho ya en un libro. Queremos mostrar apenas las "dimenciones de la voluntad", *sus deseos innatos. Admitida o rechazada la idea de Infinito, se ama el Infinito, se suspira por él, se tiende a él, se procura alcanzarle.* Es ley de nuestra voluntad. *Y contra esa ley la voluntad es impotente.*

II.—El corazón

¿Qué diremos de esa funsión especial de la voluntad, que se llama corazón? *¿No nos muestra el corazón —esa admirable facultad de amar— en un grado aún superior, nuestra tendencia hacia el Infinito? Ya en la niñez se observa la singular naturaleza del corazón; quiere siempre alguna cosa que pueda amar y con la cual alegremente hablar. Pero luego, después del gozo viene la saciedad; con la mayor indiferencia y hasta con desprecio, aleja lejos de sí el brillante objeto que tanto le encantaba hasta el momento, que le satisfacía y tornaba extremadamente dichoso.*

Nosotros los adultos, en este punto, mucho nos parecemos a las criaturas! Tal vez lleguemos (cuantos hay que nunca lo consiguen) a dominar nuestros afectos, nuestros deseos; no acreditamos que en el mundo podamos alcanzar la verdadera felicidad; en tanto casi a cada paso un nuevo ídolo nos atrae y nos fascina. Desde el despertar de la conciencia hasta el último suspiro nuestro corazón está siempre en procura de lo que lo pueda plenamente contentarle, y sin reposo corre tras la felicidad. Es posible negar la patria, la familia, la religión, sin embargo nunca se puede renegar del propio corazón. Puédense abandonar las dignidades, las honras, los títulos, y bienes; nunca es posible separarse de sí mismo. *"Cuando un hombre —dice Balmes— consigue perturbarlo todo, destruirlo, arruinarlo todo, acaba siempre por encontrar, en sí mismo, exactamente lo mismo que perturba, que destruye, y que arruina... Todo esfuerzo tendiente a huir de sí mismo, lo que consigue es tornar más visible el propio yo". Y porque todos buscamos el* Infinito, *por eso revestimos de belleza divina el objeto de nuestro corazón. Lo elevamos bien alto, lo rodeamos de un culto casi religioso, a fin de poder arrodillarnos delante de él. (¿No será esta la razón profunda por la que se ha dicho que el amor es ciego?).*

III.—La imaginación creadora

La imaginación, esa fuerza creadora que da vida a la poesía, a la pintura, a la escultura, a la música, ¿no es ella también una fuerza que nos arranca de los estrechos límites del presente para, lanzarnos sin descanso al Infinito? *Cada vez que contemplamos una cosa grandiosa, la imaginación la engrandece aún más; eleva esa belleza presente por encima de la realidad, siempre defectuosa en algún punto y nos fuerza a procurar una belleza más perfecta, más acabada, para delinear sus contornos, para suspirar por ella.*

En efecto, la belleza perfecta *no es de es-*

te mundo. La belleza es una repercusión de lo Infinito en lo finito, dice un filósofo. Es esta una expresión feliz. De hecho, cuando contemplamos una obra de arte o leemos un poema de alta aspiración, nuestra alma se desprende de la realidad del mundo que nos cerca e impresiona físicamente nuestros ojos, nos olvidamos de nosotros mismos y de cuanto nos rodea, abandonamos las penas y los cuidados de la vida cotidiana y, libres de todas las pasiones tomamos vuelo hacia las esferas supraterrenas del Infinito. *Lo que impele a las masas hacia los teatros, a los museos, a los conciertos, no es sólo el deseo vulgar de una distracción; la razón imperativa de ese acto es el deseo inconsciente, muchas veces, del* Infinito: *queremos ultrapasar las fronteras de este pequeño mundo, aunque sea por algunas horas, a fin de reposar en las regiones del Infinito.*

Lo mismo sucede cuando alguien experimenta todas las quimeras y se entrega sin medida a los locos placeres de los sentidos, no adormece completamente la tendencia a lo infinito. En efecto, muchas veces no pasan esos placeres de una especie de narcóticos que se toman para transponer los estrechos límites de lo que es terrestre. A veces una alma grande está latente en los grandes criminales y en los gozadores sin freno. La profundidad de la caída es la medida exacta de las alturas a que se podía haber elevado esa alma.

IV.—La inteligencia humana

No menos que las otras, prueba nuestra facultad intelectual *la tendencia profunda de nuestro ser hacia lo* Infinito. *No obstante, esta que no deja de ser una criatura mezquina, perdida en la inmensidad del universo atormenta sin cesar al hombre con el deseo de dominarlo con el propio saber. Siendo una forma del conocimiento cada vez más completo, cada vez más perfecto: desearía ver* todo, *oír* todo, *leer* todo, *comprender* todo. *Lo mismo cuando se trata de un hombre sin instrucción, la inteligencia humana rompe, sin cesar, los límites de su propio "ego" y semejante a un río caudaloso, se derrama sobre todos los tiempos, sobre todos los espacios, sobre todas las cosas.*

Que esfuerzo hace el espíritu ya durante la niñez que tiende a la conquista de la luz. El "porqué" *viene a los labios como un estribillo. A cada instante el niño interroga a las personas que encuentra. Y su modo de tratar los juguetes, ¿qué es, sino una experiencia científica de acuerdo con la mentalidad infantil, para obtener de la muñeca o del caballito la respuesta a los "porqué"?*

¿Y qué diremos del adolecente *en el período de la pubertad? ¿Cuántos violentos e inoportunos "porqués" agitan sus profundidades psicológicas?*

¿Tal vez el hombre maduro *se ha libertado de los "porqués"? Por el contrario, ¿no será exactamente en los "porqués" racionalmente propuestos y hábilmente resueltos, donde se manifiesta la madurez del espíritu?*

Y por fin, el anciano, *¿estará definitivamente curado de la manía de los porqué que durante su larga vida, tantas ilusiones penosas y tantas decepciones crueles le han causado?*

¿Existirá en la vida humana un período más rico de importantes "porqués" como la ancianidad, que por naturaleza pone al hombre frente al eterno problema de la muerte?

Como el individuo, todo el género humano *busca luz siempre más clara, saber siempre más profundo. La Ciencia no conoce límites. El fin de sus aspiraciones se halla en el* Infinito.

V.—El infinito, complemento de la vida humana

El Infinito se nos aparece como una cosa muy próxima a nosotros, como un viejo amigo. Por lo tanto nosotros nos mostramos delante de él sin desconfianzas, sin recelos y sin hesitación, como los cálices de las flores se desabrochan ante el sol. Nos sentimos bien junto a él. Tenemos la impresión de estar en contacto con alguna cosa que siempre conocimos, que siempre amamos y que siempre procuramos, como si el Infinito nos perteneciese y nosotros a él. Si el mundo visible nos incomoda y cansa, con sus pequeños cuidados cotidianos, a pesar de vivir en él ya que nos parece tan extraño y tan inferior; el Infinito se nos presenta como familiar, de naturaleza igual *a nosotros, a tal punto que nos enriquece, nos ennoblece, nos torna felices.*

No sentimos la menor violencia cuando nos aproximamos a él. Parlotea con él la criatura en su lenguaje confidencial; se mueve el adolecente en las vastas esferas del Infinito, como en su propio elemento. Es una comunión íntima de dos espíritus, de dos personas. Es una cosa grandiosa, benevolente, suave y sublime. Es la vida profunda del alma para la cual todas las facultades de éstas son atraídas como por fuerza magnética. Cuán incapaz, cuán desamparado queda el pez fuera del agua: palpita en convulsiones en la arena o se retuerce violentamente en desesperados sobresaltos, como si quisiera despedazarse o aprisionar la muerte. Sin embargo viene a cubrirlo una ola. En cuanto se siente bañado por el agua del mar el pez de inmediato recupera las fuerzas y como una flecha hiende las olas. Lo mismo ocurre en el hombre: sólo se sentirá plenamente cómodo en el océano del Infinito.

Las religiones de Oriente nos presentan, con encantadores matices, la llegada del Infinito *al mundo. Los poetas y pensadores griegos le dirigen incesantes llamados en nombre de la humanidad. El Judaísmo antiguo implora con Isaías: "Dios, envíanos desde lo alto vuestro rocío, y hagan las nubes descender al Justo como lluvia: ábrase la tierra y de ella germine el Salvador". Las innumerables y variadas superticiones antiguas y modernas, no pasan de una tentativa impaciente y pueril para derribar las murallas del mundo material en busca del Infinito? Y hasta la gloriosa reina de las ciencias: la filosofía no se ha dejado malograr por tantas amargas decepciones, sufridas a través de los siglos. Redobla los esfuerzos para descubrir, al final el Infinito, y alcanzarlo.*

Conclusión práctica: *irresistiblemente deseamos el Infinito, lo buscamos por todas partes, ansiamos unirnos a él, aunque vagamente lo presintamos. Sin embargo el Infinito se nos presenta, no bajo contornos imprecisos y* abstratos, *sino como una realidad* concreta *y tangible, no como una* idea *sino como una persona viva y amante en todo el esplendor de su bondad, de su amor, de su belleza, de su ideal ¿no nos deberíamos arrojar en sus brazos abriéndole nuestra voluntad nuestros corazones, nuestra imaginación, nuestra inteligencia?*

¡Visión maravillosa!, mas ¿no será acaso obra de la fantasía exaltada? No. Este Infinito apareció a la humanidad y se dió a ella: nosotros lo llamamos Dios. *De hecho, como demuestra la filosofía, el* Infinito *concreto,* es *Dios.*

El modo cómo nos podemos unir a este Infinito será dicho en otro artículo que versará sobre la esencia de la Religión. *En él expondremos la religión nada más que como una comunión, una unión viva de lo* Infinito *con lo* finito.



Palos a uno y otro

por Garrote

Vasconcelos ha abrazado triunfalmente el Catolicismo

¿SE acuerdan de José Vasconcelos?

Tiene este mejicano 62 años. Fué Rector de la Universidad de México, Ministro de Instrucción Pública, visitante de Europa y visitante de Sudamérica. Escribió muchos libros sobre americanismo y sobre filosofía. Keyserling llegó a llamarle el ideólogo más original de América. Era tropical el hombre y medio subido a la parra. Enfatuado, vamos. Creyó que labraría una filosofía indoamericana y cósmica que iluminaría a Europa librándola del caos. Porque ha sido patriota como los mejores de este tiempo.

Un día Schopenhauer quiso tomarnos el pelo a los americanos. Nos dijo que América era mejor que Europa, porque Europa a los brutos después de un tiempo los antropoidizaba y pitecantropizaba, y, al cabo, los volvía hombres. América en vez, no llevaba los brutos a evolución ninguna; los fijaba para siempre en brutos puros, en perfectísimas bestias.

¡Ah sí!, le replicó Vasconcelos, pues este animal puro va a salvar a aquellos degenerados. Y tomó en serio su misión cósmica de dar filosofía y redención a Europa. Vean, no miento, la obra de redentor europeo traslúcela Vasconcelos en libros como *Bolivarismo y Monroísmo* (1934), *La Intelectualidad mejicana* (1916); y sobre todo en la *Raza cósmica* (1925) y en *Indología* (1935).

Tenía pretensiones intelectuales, no hay duda. Pero era hombre llano y buen amigo. Así le conocimos acá, entre nosotros. No era como Keyserling, quien por nada del mundo dejaba los Ritzs y las damas despechugadas. No, Vasconcelos andaba también por los merenderos y fondines de calle Corrientes como un Gardelito cualquiera, aunque se acompañaba de chicas buenas, no de turritas (¡eh!), y de gente desempaquetada.

Las veces que escribía se le iba la cabeza hasta pasarse un poco de paranoico, en más de una circunstancia. Le gustaba hacer prosa filosófica con la que llenó varios volúmenes: una *Metafísica* (1929), una *Etica* (1932) y una *Estética* (1936). Son libros difíciles de boca, pues están hablados con una prosa llena de ideas dispersas, como hacienda alzada, de suerte que cada cual lee y entiende allí lo que le viene en gana, pues lo dice todo y no concreta nada. El mismo asegura que escribe mal. Pero la cosa es mucho peor de lo que él cree.

A este mejicano del cuento, como a varios argentinos, Lugones y Capdevila, por ejemplo, les ha pasado que les impresionó la filosofía hindú. Son poetas a la postre y la cabra tira al monte.

Quiso pues unir sincretísticamente todas las filosofías euroasiáticas en una

gran ensoñación americana que recogiera, a base de intuiciones fenomenológicas, y maxschelerianas o algo por el estilo, lo mejor de los hallazgos hindúes, nórdicos, helénicos, persas, etc.

Los libros *Estudios indostánicos* (1921), e *Indología* (1935) dan cuenta de sus métodos, de sus inspiraciones místicas, y de sus intuiciones esenciales.

Para Vasconcelos filosofar equivale a tomar el universo entero: astros, arenas, abetos, musgos, ruiseñores, y señoras..., y sinfonizarlos. Se hace aguas de emoción llevando la batuta en esa soberana orquestación mundial. En suma, y para que nos entendamos, lo que Waldo Frank presume hacer con la política continental americana, sinfonizarlo, llevando la batuta claro está, los rubios del norte; eso mismo quería hacer Vasconcelos con la filosofía, por supuesto que siendo él regisseur y director de coro.

(Lo que digo de Frank véanlo ustedes, si les parece que miento, en *Redescubrimiento de América* (1928) y en *Primer mensaje a América*).

"SINFONIA, tú eres el método" dice a los comienzos de la *Indología* Vasconcelos. Y en la *Metafísica* asegura: "Juzgo que el problema filosófico debe abordarse en forma pareja a la del músico en la composición de una sinfonía... Sólo un sistema sinfónico puede resolver el conflicto de la inteligencia con la emoción". Y, de resultas su filosofía es pura serenata y gori-gori.

A mí no me parece mal —les prevengo— que un hombre saque pasta poética de la filosofía, como bien lo hizo antaño Platón y ogaño Ortega y Gasset, y como la sacan otros del vino, y otros de la patria, y otros de la mujer.

Pero Vasconcelos se las tomó en serio. Se creyó filósofo sin más ni más. No lo entendió a Keyserling ni a Cohen ni a Spengler ni al mismo Gasset. No se dió cuenta que lo que cuenta en ellos es el numen poético; y que la filosofía es pretexto, puro pretexto para colgar los párrafos orificados. Aunque Ortega y Gasset chille a veces reclamando la paternidad del existencialismo y del substancialismo, y del que *se fait*, y de la *epojé*, y del dardo disparado a un desaparecido blanco, y del perspectivismo (lo cual es de una gracia única), y de la superestructura de la vida como futurición, y de la reabsorción circunstancial en el destino concreto del hombre, y de la interpretación de la verdad como *aletheia*, y de mil cosas más de este jaez, y —como dicen acá— quiere mandarse la parte y matarle el punto a Heiddeger y a Husserl. Treinta años de profesor de metafísica en Madrid no condicen con un constante cubileteo o flirteo a la metafísica. Y es cuestión al menos de salvar las apariencias y de gritar que sus hallazgos son *propriores*, con propriorídad de naturaleza y de tiempo, a los de Heiddeger, y a los de Husserl, y a los de Cohen, y a los de Müller-Leyr, y a los de Krische, y casi casi a los de Spengler. Bueno; esto no lo cree ni el mismo Gasset ni nadie que se respete. Este hombre tanto ha flirteado con la filosofía que al final se quedó sin casar con ella. Y ahora es viejo y anda un poco desesperado.

Pero no era de Ortega y Gasset de quien murmurábamos acá. Venga a las tijeras Vasconcelos. Otra vez volveré a Gasset y lo creo preciso porque tiene en esta Buenos Aires unos padrinos, como Guillermo de Torre y César Pico, a quienes el peninsular pico de oro ha deslumbrado. Que fué siempre arte donjuanesca encantar con flirteos y arrastres de ala.

Y no voy a negar yo que Ortega haya sido meditador: "A ti laurel y hiedra coronante, dilecto de Sofía, arquitecto, cincel, martillo y piedra y masones

te sirvan. Las montañas del Guadarrama frío te brinden el azul de sus entrañas, meditador de otro Escorial sombrío.

Y que Falipe austero, al borde de su regia sepultura, asome a ver la nueva arquitectura y bendiga la prole de Lutero", como dijo Antonio Machado y lo repito deslumbrado yo.

He dicho alguna vez que Ortega y Gasset tiene el imperio del habla hispana. Y que se me hiele el cebo si no lo leo deslumbrado.

Pero volvamos —por favor— a Vasconcelos, que se hace tarde.

En versiones leyó este mejicano a Plotino, a Bergson, a Cohen y a algunos culturalistas más. Se le hizo el seso un guirigay. Se dió a soñar y a pavear con palabras abstractas: *americanidad, secuencialidad, iberidad,* como algunos de acá, que es de ver lo turbio que escriben. No los entiende nadie, por más que las Facultades de Filosofía y Letras les publiquen libros en serie, año tras año, condenados a adocenarse en intocables plúteos.

Cuando uno diseca la filosofía de estos fletas y schipas literarios, o descoyunta el insecto, ve que aquí no hay nada más que *tojú bobojú* que dijo el judío, esto es, confusión, humo, ahogo y ojos rojos.

Este trabajo de disecación, de claveteo, de reducción a líneas y de podada de hojarasca lo está haciendo con Ortega y Gasset el jesuíta Joaquín Iriarte, uno de los orteguistas españoles más grandes, cuyo libro *Ortega y Gasset, su persona y su doctrina* es definitivo (Aunque Usted lo acuse de "implacable mala fé", señor Guillermo de Torre, en pág. 62 de su último libro *La aventura y el orden*). Y con Don Miguel de Unamuno la ha emprendido el franciscano Miguel Oromí en su recentísimo libro *El pensamiento filosófico de Miguel de Unamuno.*

MIREN qué cierto es aquello de que sobre las tumbas de sus perseguidores va la Iglesia a rezar Pater-noster y Misereres. ¡Y la gracia que les hará a estos heterodoxos que los frailes les practiquen la autopsia, los disequen, y en cajitas entomológicas los archiven para la posteridad!

Pero —por Dios— volvamos a Vasconcelos, que anochece.

Vasconcelos fué en la filosofía sencillamente vasconcelista sin rival. Como Pablo Casals fué en la música violoncelista sin rival. Pero la filosofía no le debe ni una idea, ni una clasificación ni una definición de veras nueva, aunque la tocó bien. El quiso ser un demiurgo, un gnóstico, un sufita, un teurgo de la "superfilosofía". No pasó de ser un *cocuyo*, o una luciérnaga, según dijo él mismo; "y aprendiz de filósofo", que también se clasificó así.

En religión —y a ésto iba yo ahora— el simpático mejicano era panteísta dinámico de la veta de Fichte, Scheling, Hégel, Croce, Gentile y Vacherot.

En su *Metafísica* aseguró que la materia y la inteligencia que la determina son emanaciones y ropajes que quién sabe por qué motivos misteriosos adopta el Primer Principio al manifestarse. La diferencia de los seres: cuarzos, chopos, flamencos y hotentotes, la explicaba por estados vibratorios o por estremecimientos de la divinidad acurrucada en el fondo esencial de cada ser.

¿Por qué Usted es hombre y no cebra?

—Porque en Usted el ectoplasma divino tiembla con unos cuantos millones más de vibraciones que en la cebra, mi amigo, y en éstas a su vez, con algunos más que en los alcornoques.

En fin, toda una teoría ondulatoria —panteísta con unos temblores divinos que son una delicia de imaginación— ¡qué Vasconcelos, santo cielo!

Se ve claro que de semejante doctrina, como cualquier emanacionista panteísta, había de derivar para la lógica, para la metafísica, y para la estética conclusiones ingeniosísimas. Por momentos, entusiasmado, como los coribantes de Cibeles en medio del frenesí de las danzas báquicas, creía oír la sinfonía del universo unificado por los estremecimientos u ondulaciones de la divinidad. Tomó en serio aquello virgiliano:

> Principio caelum ac terram camposque liquentes,
> lucentemque globum, lunam titaniaque astra
> spiritus intus alit, totamque infusa per artus
> mens agitat molem et magno se corpore miscet.
>
> (*Eneida*, VI, 724...)

Lo que discretamente recordó Fr. Luis de León, engarzando en su *Oda a Salinas* el ciego músico, las ideas de Pitágoras con la doctrina de la anámnesis, de la metempsicosis, de la consonancia y armonía numérica. Porque —en puridad de verdad— el padre de la teoría sinfónica del universo es nada menos que Pitágoras. Ahora que antes sólo la explotaban los poetas. Hoy los filósofos discuten su padrinazgo y la toman a las tremendas.

Y no crean que le hago mala cara a la famosa teoría sinfónica del universo. Quítenle el panteísmo y puede caer ella de bruces dentro de rigorosa ortodoxia en la concepción blondeliana de la inteligencia cósmica.

Blondel enseña que cada ser traduce e implica un pensamiento. Que este pensamiento condiciona la existencia concreta del ser. Que exige desarrollarse por medio de una acción ascensional. Que en el hombre se halla conciente el pensamiento, conócese allí a sí mismo y conoce el pensamiento de los otros seres inferiores que lo llevan irreflexo, inconsciente, en función existencializadora y perfeccionante.

Claro que tal pensamiento no es Dios, sino una especie de entelequia o reverbero de la idea divina que anuda el cosmos con la unidad que tal idea trasparece en medio de la variedad de los seres creados. Y esa idea participada se desparrama como una conciencia por el universo, al que vivifica arrojándolo a perfeccionamientos evolutivos cada vez mayores, en transformaciones y transformaciones jerárquicas que van desde la brizna cósmica hasta la conciencia esencial simplicísima que es Dios... ¡Y qué lío! ¡En la que me metí!

Volvamos a Vasconcelos. ¿Cuál es el utensilio filosófico de que usa, y qué instrumento toca el mejicano?

—Estaría mal responder que se trata de una forma más o menos pura de intuición fenomenalista, bergsoniana, maxscheleriana o heiddegeriana como insinué al principio. Vasconcelos se acuesta más a la emoción unamunesca que a la intuición fenomenológica. Con qué fruición —yo creo— leería los primeros capítulos de *Del sentimiento trágico de la vida,* que escribió el bilbaíno.

Vasconcelos es mal prosista, empacado, confuso. Con la prosa de Salaberría, de Azorín, de Ricardo Rojas, y no te digo con la de Ortega y Gasset, que es orquestal y de orquesta densa wagneriana, Vasconcelos no se pierde el primer sitial entre los poetas prosistas de América. Yo le daba mi voto porque le llamáramos *José de América,* cuando menos.

Porque debe reconocerse la riqueza poética peregrina con que ha cantado

el deshilachamiento de la divinidad. Y es de ver la teoría estética isidoriana del ascenso y descenso de la belleza que ilusionó tanto a los filógrafos arábigos españoles, las gracias de que se recama en la estética vasconcelista.

Vasconcelos es y ha sido siempre un trabajador ejemplar y un hombre bien intencionado. Ha leído y retenido como un gigantón. Se socorrió con hondos y bien trabados conocimientos de la historia de la civilización y de la filosofía del arte. Viajó aprovechadamente. En fin, un ejemplo para los argentinos cachacientos que esterilizan sus dotes por pura haraganería y acidia mental.

Veíasele en sus últimos trabajos literarios que andaba limándole los bordes a su panteísmo y que celebérrimamente iba aproximándose a la fé católica.

Al presente, ha entrado triunfalmente en ella. Su alma buena —¡qué amigo noble el mejicano y qué buen recuerdo guardamos acá de este gran señor! — tenía que llegar a la luz. Lo sabíamos perfectamente. Era cuestión de tiempo. Como Navarro Monzó, a quien se parece en no pocos rasgos.

En *Ecclesia*, de 27 de Noviembre de 1943, Vasconcelos ha escrito: "En algún tiempo yo no suscribí todos los dogmas católicos. Ahora sé que yo no tenía razón, no sólo porque los dogmas católicos tienen una interna admirable trabazón lógica, sino también porque su desarrollo histórico ha sido uno de los vitales aciertos sapientísimos de la Iglesia. Aceptar esos dogmas significaba una mejor integración de sí mismo en el seno de la Iglesia para la práctica de los necesarios sacramentos. Antes yo daba importancia tan sólo a la fé pura. Puedo decir que el único sacrificio que he hecho es el de cierto orgullo intelectual, y lo he hecho porque, en cambio, puedo participar de la vida de la Iglesia y porque necesitamos dar a ésta toda la fuerza de su autoridad y de su sabiduría. Es la Iglesia la única fuerza capaz de reconstruir el mundo de post guerra".

Admirablemente.



ESCUELA DE PERIODISTAS

"LA prensa juega con nuestra sociedad como el viento juega con la hoja". Esta frase que parece escrita para ..nuestro tiempo, pertenece a un gran periodista del siglo XIX: Ernesto Hello. La escribió en momentos en que un impreso comenzaba a constituir la fuerza poderosa que habría de mover las masas humanas al vaivén de las ideas. Y demuestra, en su exacta y sugestiva comparación, todo el poder —y todo el drama a la vez— que la prensa moderna ejerce y produce en la sociedad.

Tiene la prensa una misión orientadora cuyo noble y fiel cumplimiento podría elevar el nivel moral e intelectual de toda la Nación. Posee los medios y recursos necesarios para dirigir la opinión. Su poder es inmenso, insospechado a veces. ¿Cómo emplea esos medios y ese poder? De una manera también insospechada: se desentiende de su verdadera misión rectora para constituirse nada más que en una empresa comercial cualquiera donde los intereses administrativos son considerados superiores a los intereses de la Nación. Y cuando los intereses nacionales están por debajo de aquéllos, entonces nos es dado contemplar una de las más tristes y desoladoras claudicaciones: la claudicación de la inteligencia. Porque si la inteligencia no desertara de su propia función, no habría nadie al servicio de esa prensa que ha echado sombras y dudas horribles sobre la sociedad.

Los hombres no comprenden que los diarios están escritos también por hombres llamados periodistas. Y que los periodistas son tan hombres como ellos. Leen las noticias y los comentarios como si fueran escritos por el diario, y el diario para ellos, es infalible.

La infalibilidad periodística es un hecho que pocos lectores discuten. De ahí que el periodista pueda disponer en cierta manera de lo que Ortega y Gasset llamó el poder social. El poder social, según Ortega y Gasset, consiste en lo siguiente: "Cualquier mequetrefe que durante veinticuatro horas ha asentado sus nalgas en una poltrona ministerial queda para el resto de su vida como socialmente consagrado". Le otorgaron un poder gratuito merced a esas horas de funciones ministeriales. El no lo merecía; pero la sociedad engañada por la prensa, lo consagró.

Existen casos también en que la sociedad niega el poder social a quien posee valores suficientes como para conquistarlo. ¿Por qué? Porque el raro privilegio del periodista es otorgar o no el poder social. Y por lo mismo que puede hacerlo de una manera anónima e impersonal, y por la infalibilidad de que goza, hasta el punto de que la sociedad piensa y actúa de acuerdo a la prensa, es como si ella misma —la sociedad— tomara parte en esa tarea.

Así, pues, constituye un deber moral para el periodista saber otorgar a quien corresponda y negar a quien no lo merezca, el poder social.

Mas ocurre que la mayor parte de los periodistas modernos no ejercen dignamente sus funciones y distinguen dentro del grupo social a individuos que no poseen valores propios, mientras tratan de hacer ignorar a los hombres capaces y dignos. En razón de un discutible interés propio los trabajadores de la pluma han hecho de la elevada, noble y patriótica labor periodística, una tarea subversiva.

Claro está, puede aducirse que no son responsables de lo que se les obliga a escribir como pertenecientes a una empresa. Ello, sin embargo, no tiene validez como argumento justificativo. Más allá de todo bienestar personal; más alto que la propia estabilidad económica, se encuentra la sociedad a la cual se debe servir ejerciendo dignamente el magisterio de la prensa.

Nosotros sufrimos las terribles consecuencias que brotan de sujetar la acción periodística a factores económicos.

Mucho se habla de libertad de prensa y de pensamiento y hasta de libertad política. Pero tanto lo uno como lo otro se está convirtiendo paulatinamente nada más que en un mito. No puede haber plena libertad de prensa cuando ella se pretende para defender con más intensidad intereses foráneos. No se puede hablar de libertad de

pensamiento cuando el escritor piensa de acuerdo a la retribución a percibir. No se concibe la libertad política a la manera practicada y amparada por la mayor parte de nuestra prensa. En estas actividades siempre existió todo —cualquier cosa— menos verdadera libertad. Porque es muy fácil comprender que la libertad no consiste en perjudicar a unos —sobre todo cuando se trata de los altos intereses nacionales— para beneficiarse y beneficiar a otros a costa del patrimonio y la independencia económica nacional.

Esta tarea al revés *desarrollada hasta rebasar la ética periodística por aquella prensa que es lo suficientemente poderosa como para* determinar *el estado general de los órganos periodísticos, debe sufrir tarde o temprano un fuerte contrapeso si es que deseamos salvar a la sociedad de su infausta y sistemática influencia. No contemos con el Estado que sólo puede poner un límite a esa acción. Debe pensarse en el elemento humano capacitado y dispuesto a expresar sin reticencias los valores por los cuales la humanidad sobrevivió a tantas encrucijadas.*

Reformar la conciencia de la sociedad, que es la exigencia de la época, requiere hombres capaces, dotados de los conocimientos necesarios para saber afrontar y descubrir las sutilezas destiladas por los sofistas y mostrar al pueblo de manera asequible, como algunos —muy pocos ya lo hacen— la verdad por tanto tiempo ocultada a sus ojos.

Pero ¿dónde adquirir esos conocimientos? ¿Dónde prepararse para tan magna tarea? ¿Tiene nuestra juventud sana un lugar donde cumplir su vocación periodística, abandonada por lo general a impulsos del propio entusiasmo?

Hugo Wast se lamentaba en un reciente artículo de no poseer Buenos Aires una escuela adonde poder concurrir los jóvenes que tienen vocación de escritor. No sabemos si el prestigioso autor se refirió a escuelas de carácter oficial. Lo cierto es que en pleno corazón de Buenos funciona una Escuela Superior de Periodismo (*Instituto Grafotécnico*), *donde muchos jóvenes aprenden a ejercitar la pluma para la noble y dura faena periodística. Aprenden ese ejercicio de una manera integral: uniendo la práctica a la teoría. Pero ¿acaso existe una teoría por la cual todo aquel que la aprenda se halla capacitado para escribir... y escribir bien?*

En primer lugar, todo el que concurra a dicha Escuela Superior debe poseer conocimientos tales como para ingresar. Y, a menos de estar equivocado, todo ingresante tiene vocación de escritor.

Ahora bien, la Escuela no le brinda al estudiante una teoría minuciosamente elaborada aprendida la cual se halla listo para lanzarse a la lucha de las palabras impresas. De ninguna manera. No es una academia *para ello. Es una* Escuela Superior *donde se realizan estudios superiores —superiores aun a los universitarios— para preparar dignamente a los jóvenes que a ella concurren y orientarlos hacia el periodismo sano y valiente, tal como lo exige la hora trágica por la que atravesamos. Los encauza en su vocación; les da las bases y los fundamentos de la cultura; les inculca el amor a la sinceridad y a la verdad; a no decir las cosas porque sí, sino apoyándose en conocimientos valederos, adquiridos después de intensas fatigas; les abre la puerta de los trabajos de investigación para los que desean profundizar determinada disciplina, y, en suma, capacita a los jóvenes para manejar la pluma con la dignidad propia de quienes aprendieron a hacer de ella el instrumento por el cual se elabora la grandeza moral e intelectual de la Nación.*

¿Cuáles son las fuentes esenciales que la Escuela pone al alcance de los estudiantes? Las inagotables de la filosofía tradicional y del humanismo greco-romano. En estas y en otras no menos principales fuentes se deben las enseñanzas de los grandes maestros. De los escritores antiguos, sobre todo, se extrae aquello que pueda resultar útil para el moderno escritor. ¡Y es tanto y tan importante lo que de ellos se aprende!

Para algunos de los mismos ingresados se les hace un poco difícil familiazarse con los clásicos antiguos.

El divorcio mantenido en nuestras escuelas secundarias entre los estudiantes y el Humanismo ha sido y es tan profundo, como profundo fué el error de no introducir en los planes de enseñanza una materia

tan fundamental para llegar a poseer cierta cultura.

Mas a poco de gustar la poesía homérica y virgiliana, las narraciones de Herodoto —ese gran periodista de la Historia, según lo demostrara el Sr. Angel Rivera—, las dos carátulas *del teatro griego, las* Historias *de Tucídides y de Tito Livio, y, en fin, todo lo que representa la vieja y siempre nueva cultura greco-romana, los alumnos sienten deseos de profundizar más y más los estudios humanísticos, porque saben que sólo de los grandes maestros pueden extraerse las grandes enseñanzas que por los siglos de los siglos legaran a la humanidad y que forman parte de toda integral cultura.*

Las otras materias contemplan problemas económicos, jurídico-sociales, filosóficos, religiosos, estéticos, etc., los cuales son resueltos objetivamente por profesores capacitados que se transforman poco a poco en consejeros y amigos para seguir más de cerca los trabajos del alumnado y ayudarle a superar las dificultades que siempre aparecen ante el avance de un estudio superior.

Muchos otros aspectos merecerían especial atención. Pero lo dicho basta para demostrar que en medio del derrumbe e intelectual pasado y presente, existe un Instituto como el de referencia que ha asumido a costa de inmensos sacrificios y sólo por servir a la Patria, una tarea verdaderamente ejemplar, pues mientras algunos se dedican —y ya es un mérito— a señalar los errores y los defectos desastrosos de la prensa, la Escuela, en cambio, lo hace de una manera implícita, preparando debidamente a jóvenes de ambos sexos para la práctica del periodismo sano y sin mácula.

¿Quién podrá asegurar que con el tiempo algunos de los jóvenes egresados no se constituyan en figuras prominentes de nuestro periodismo?

¡Cuántas veces se oyó exclamar a un distinguido profesor en tono emocionado y nostálgico: ¡si viviera Don Leopoldo Lugones! y verle pasear su mirada por todos los escuchas!...

Sea como fuere la Escuela cumple en silencio una misión que honra a ella y a la Patria.

Con los años se logrará obtener en buenos periodistas el número determinante *de que nos habla Belloc. Es el deseo sincero y ardiente de todos los que conocemos su obra constructiva, sintetizada en el lema que ostenta con gallardía tenaz en medio de tànta indiferencia y escepticismo*: Mejorar el magisterio de la prensa es elevar el nivel moral e intelectual de toda la Nación.

Francisco Miguel Tirelli



Aguafuertes

Mi angustia

Yo llevo en mis entrañas la tremenda tristeza de la tierra de Soria que el Duero mustio besa, y llevo el bronco campo calcinado de fuego, repleto de maleza, de tomillo y de espliego.

Yo llevo en mis entrañas un ancestral hastío de la tierra desierta, del alcor y del río; y pago en mi soponcio el geográfico duelo con que llenó el paisaje los ojos de mi abuelo.

No te he visto yo nunca, roquedo de Castilla, ni caminé, oh Duero, tu desolada orilla. Toda mi mustia vida fluyó en el escenario que va del Ande adusto hasta el barroso estuario.

Yo no me quejo, hermanos, no fué éste un cautiverio. Mas, por desgracia, nunca toqué el terruño iberio, donde mi abuelo Aldama de nobiliario rasgo guardaba en la petaca pruebas del mayorazgo. Bien que tras el arado gritaba al buey un "¡moño!", interjectando a veces un resonante "¡ . . . .!" (¡Linotipista! quite este verbacho ñoño, y en su lugar escriba: "en tierras de Logroño").

Y bebía licores traídos de Bilbao con que disimulaba la dieta al bacalao. Y en las horas fatales de cuartana e inedia masticaba unas pasas dietéticas de Vedia.

En tanto, en el palacio viejos daguerrotipos dormían su nobleza, su escualor y sus tipos. Y bajo la panoplia y la mellada espada España dominaba su fiereza pasada.

Abajo, en la bodega, se resecaba el odre; y arriba, en las estancias, soplaba olor a pobre.

En mísera yacija la vieja abuela enteca vencía con rosarios la apremiante hipoteca, amansaba el coraje del hijastro sañudo que insultaba a la madre que lo virtió desnudo; y al nuero amojamado por la existencia dura le mandaba palabras de aliento y de cordura. Porque era vida aquella de blasfemia y de Fe. Y andaba por las cuadras corrido a puntapié, hastiado de consejos y de pitanzas horro, el bastardo que carga entraña de cachorro.

Entonces el monarca de barragán vestía las veces que salía a barraganería. Hoy en día el rufián vestido de monarca lleva la barragana de comarca en comarca.

No me legaste, abuelo, un rico mayorazgo, ni con el Rey Alfonso me diste un compadrazgo, ni me entregaste sangre toda limpia de moros. Que allá por la novena generación los oros de mi heráldica enturbia no sé qué mauritana criada de un Aldama enfermo de cuartana.

No me diste en las venas un Wassermann de herencia. ¡Gracias, abuelo, gracias por esa continencia que preservó mi entraña de sífilis y dermas y me ahorró unos cobres de inyecciones y termas!

Pero en la tarde queda de domingo y llovizna, cuando cala mi alma la verleniana brizna, a través de los vidrios contemplando el haldío, tu desolada herencia recojo, abuelo mío. Y de Soria yo siento los grises serrijones con ruinas de encinares y mellas de aluviones, el páramo sombrío por donde cruza el Duero, al que el ocaso imprime un resplando de acero, como dijo Machado, Don Antonio, el sonoro poeta que en la boca llevaba verso de oro, en las venas un poco de sangre jacobina y otro poco en los ojos de mirada bobina.

Allá, tras los cristales, en la tarde sombría estremecido veo que cruza todavía la heteróclita turba de tahures, rufianes, tarambanas, lechuzos, fulleros, perillanes, jaques, monjas, mendigos y frailes mendicantes, que enantes caminaban sus caminos rampantes.

Como presos forzados a suplicios fatales, a través de las brumas que empañan los cristales, me parece que pasan pisando mis tristezas los viejos castellanos combadas las cabezas.

Yo siento la lejana tierra de mis abuelos, llena ahora de lutos y llena de desvelos. Toda mi alma acongoja aquel rudo escenario. Y las brumas del Duero me visten de sudario. Brota en mi alma al instante el espectral paisaje cuajado de tristezas, cuajado de linaje.

Como dijo en gabacho o en francés, y ¡qué bien!, aquel bohemio loco que fué Pablo Verlaine: Mais l'esprit, transporté dans le pays des rêves, sent à ces vieux accords couler en lui des sèves. La pitié monte au coeur et les larmes aux yeux, et l'on voudrait pouvoir goûter la paix des cieux. Et dans une harmonie étrange et fantastique, qui tient de la musique et tient de la plastique, l'âme, les inondant de lumière et de chant, mêle les sons de l'orgue aux rayons du couchant!

Yo llevo en mis entrañas un ancestral hastío de la tierra desierta, del alcor y del río. Y pago en mi soponcio el geográfico duelo con que azotó Castilla tu corazón, abuelo.

Claro de Luna

de

Debussy

Leonardo de Aldama

¡Debussy! yo no sé, me suena a una
sonoridad de seda esa delicia
de tu Claro de luna.

Como en las telas del Padre Guillermo
Butler la tarde pulveriza su oro
y ha muerto un sol en el paisaje yermo,
así se sume en un polvo sonoro
ese sedoso son sin sombra alguna
muerta la luna en el Claro de luna.

No sé cuándo te oí,
claro sonoro son de Debussy.
¿Era yo niño o era
la era primera de una primavera
de Edén, y tu volcabas dulce hechizo
de luz sobre un dormido paraíso?

No sé si en sueños fué o fué en desvelo
pero te ví surcar hialino cielo;
y azogabas un muro anochecido
que cubre hiedra y moho y tiempo ido.

No sé cuándo te ví.
¿Fué en un cuento de niños? ¿Fué en viñeta
de cartilla escolar? — Recuerdo allí
una plaza, una alhambra, una coqueta
tras de las celosías, y esta luna
destilando sus brumas,
sus ensueños y espumas
sobre una medieval ciudad moruna.

Debussy ¿no es así?
¿Todo el Claro de luna *no sentí*
rielar sobre dormidos oceanos
en recodo lejanos,
allá, donde en las aguas sumergida
la catedral de Is aún los bretones
creen oír rumor de carillones?

Si en sus silencios una vez pudieran
sobre los campos, tumbas y malezas
llorar las lunas todas sus tristezas,
dulces tan dulces sus sollozos fueran
como de Melisande y de Pelleas
aquel: "Je ne sais pas,
je suis malade ici . . .
Seigneur, je ne suis pas heureuse ici".

Debussy ¿no es así, no llora una
desilución de sol esa delicia
de tu Claro de luna?

L I B R O S

"FRENTE A LA REBELION DE LOS JOVENES". Por Daniel A. Lord. Prólogo de Hernán Benítez. Editorial Poblet.

Un vendaval de libros azota Buenos Aires. Las editoriales se han arrojado con frenesí a una competencia productiva pareja a la de las naciones guerreras en la fabricación de armamentos. No nos queda tiempo nada más que para conocer los títulos de tanto flamante impreso.

Y nos acongoja comprender que no basta ya ni el año ni la vida para recorrer el maremagnum bibliográfico que aumentan sin cesar las linotipías. El 23 de noviembre pasado aseguraba "La Nación" que la Argentina había editado cincuenta millones de libros en el último año.

¿No nos hallamos ante una epidemia inusitada que provoca parálisis intelectual, desesperación, confusión, babelismo? ¿No llegará el momento en que con frenesí musulmán será preciso quemar libros y cabezas de escritores como la Argentina quema maíz y Brasil anega café?

¿Qué ha de seguirse de esta inflación literaria y de esta bibliorrea y disentería publicitaria que padecemos? Me dá miedo ver los anaqueles de los subterráneos y de las estaciones de trenes, las vidrieras de las librerías, los catálogos de las editoriales, las secciones bibliográficas de los grandes diarios. ¡Qué batiborrillo!

Nacida en serie, con carátulas fascinantes, producto de una editorial implacable, destílase en nuestro medio esta heterogénea mercadería: La pasión de Abelardo y Eloisa, Castillo interior *y* Las moradas, La génesis de la moral de Nietzsche, Clave de sueños, Autobiografía de Santa Teresita, Superperfección en el matrimonio moderno, etc.

Y así nacen gemelas y andan del brazo la ortodoxia y la heterodoxia, la mística y la pornografía.

El comercio linotipista es notablemente proficuo, y las editoriales nacionales se abren paso cada vez más al negociado internacional. En el empeño de publicar, y bajo la fiebre de la competencia, no se considera qué obra ni qué autor ha de reeditarse. De aquí que empresas anticristianas exhumen viejas mixtificaciones mil veces refutadas.

Es de estilo y a nadie sorprende que editoriales como Claridad *exploten una obra; por ejemplo:* Crepúsculo de los filósofos, *aunque este libro de Papini anticatólico hubiere sido repudiado y corregido después por Papini católico. La obra reeditada del anticristiano asaltará a los clientes sin la nota requerida por una elemental decencia que explique las correcciones introducidas posteriormente, en ella por el propio autor.*

Es inútil que usted dedique su vida a probar en un libro patente como un meridiano que es patraña y estupidez creer la alharaca del túnel jesuítico que une la Iglesia de la Compañía de Córdoba con la de Alta Gracia. Continuarán reeditándose sin nota aclaratoria los libros que difunden desde hace setenta años esa estulticia.

Siémbrase sensacionalismo y se busca el éxito de mercado.

De aquí la multitud de librillos sobre amar (entiéndase libídine), sobre higiene y sobre sexualismo que se editan sin cesar. Hasta editoriales católicas han cedido a la tentación de arrojar una buena riada de ese material quemante para contrarrestar un poco, según dicen sus directores, el mal difundido por las empresas anticristianas; y para mejorar la venta de sus mercaderías, según no dicen.

Así andan por allí los Tú y Ella *y los* Tú y El, *y las* Guías matrimoniales, *y las* Higienes del hogar, *y qué se yo cuantas otras obrillas más de este jaez baratas y tontas, que aderezan los bledos de la misma guisa, y que no salen de las concebidas ñoñeces ni acrecen en un solo pensamiento más nuestro repertorio de ideas.*

De paso déjenme decir que estoy hastiado de librillos de pornografía lila —como alguien los llamó— tan mucilaginosos, limacosos, pulpares, viscosos, glutinosos, de los tan botarates librejos sobre niñez y juventud, amor y matrimonio, exhaustos de ideas teológicas y vacíos de inspiración literaria, que desbordan en los mostradores de las librerías católicas.

El día en que me enoje contra los hombres voy a dedicarles un Tú y Ella *de esos. Y el dia en que me fastidien las mujeres les endilgaré un* Tú y El. *¡Y verán!*

Nuestras madres no leyeron los tales Tú y El, *y bien sabían noviar varios años arreo. Y eran lindas y al matrimonio llegaban sanas de cuerpo y alma. En vez, ahora, no hay demivierge —como las llamó Prebost— que en el velador no tenga un* Tú y El. *Y aquí, punto, pues el tema me pone de mal humor.*

Por otra parte como en los tiempos que corren los escritores castizos se mezquinan, para tener siempre rotando las linotipias, que no cesan ni de día ni de noche, reeditan los libreros antiguallas de literatura castellana. Pero como ni aún ellas prestan pasta suficiente ha sido necesario apelar a las versiones. Estas versiones están corrompiendo la lengua en forma que será preciso muy en breve tomar medidas severas.

Se va creando una literatura monstruosa, sencillamente ininteligible.

Nos vamos acostumbrando a leer y a hablar un idioma sin huesos, invertebrado, que no se mantiene en pie, formado por palabras castellanas aderezando conceptos incomprensi-

bles. Precisa el lector pensar cómo dirá en tal o cual párrafo el original inglés, francés, latino para alcanzar el sentido de la cláusula. Traducir es labor difícil. Requiere conocimiento profundo de ambas lenguas, pulimento y paciencia benedictina. Es necesario pensar en castellano antes de hablar en castellano. Y, sobre todo, se requiere que la pobre joven a quien se encomienda la versión no trabaje a sueldo de hambre, a $ 0.40 o 0,50 la página, porque es claro por demás que a tal precio no puede tomarle amor al arte de traducir. ¿Cómo le va a tomar amor, Dios mío, si ver ese montón de páginas equivale a contemplar el instrumento con que la está explotando el librero? ¿Quién puede menos que ver con ojos enemigos y furibundos ese documento de usuras? Pero este tema del sueldo de los vertedores o traductores no es tema que debía tratar ahora y ni hace al caso. Pero volveré a él, en un próximo comentario.

La mayoría muy mayor de las versiones dan pensamientos ingleses o franceses en bolsitas de celofán castellano. Palabras indígenas que trasparecen a las claras giros idiomáticos foráneos y por docenas frases sin sentido, sin sintaxis y sin conexiones.

En estos días Editorial Poblet ofrece un libro con el título sugestivo *FRENTE A LA REBELION DE LOS JOVENES* (Nuevas normas para la educación católica de la juventud). Su autor es el famoso jesuíta norteamericano Daniel A. Lord. En el original inglés *THE GUIDANCE OF YOUTH*. La versión castellana va galeatamente prologada por Hernán Benítez.

Debemos confesar cuando entrábamos por las primeras páginas en la lectura de es-
por las primeras páginas en la lectura de este libro íbamos acorazados con nuestros prejuicios: ¿Qué nuevas normas van a darnos ahora para formar muchachos? Y ¿qué idioma hablará esta versión?

El lenguaje efectivamente justificó no poco nuestros prejuicios. (No se enoje, señora traductora). Pero aunque el idioma de esta versión no nos regale mucho, tampoco nos maltrata ni aturde. Se deja leer con claridad y sólo en contadas ocasiones estrangula el sentido. Mas las normas, las nuevas normas, que este libro da, son nuevas de verdad y sacuden reciamente el moho y las polillas del carcomido repositorio de conceptos pedagógicos que gobiernan la formación religiosa y cultural en los colegios católicos. Y tan decididamente sacuden los rutinarismos y necedades de práctica que enseñan una educación nueva, pero de verdad nueva.

Para no alargar esta nota en demasía, vamos a citar tan sólo unas frases del Prólogo:

"Quienes lean este libro no podrán en forma alguna culparle de negativo. El presente trabajo del jesuita Daniel A. Lord da una serie de normas positivas, claras, perfectamente concretas que obligarán, si se las adopta, a que en algunos colegios deban cambiarse diametralmente los procedimientos seguidos hasta ahora si pretenden formar católicamente a los estudiantes.

Este libro escandalizará —no lo duden ustedes—. No faltará colegio de religiosas y quizá de religiosos, en el que el Director considere que se trata de un libro subversivo y de un "barrido hacia afuera".

Dirán: ¿Por qué se publican miserias domésticas que al saberlas escandalizarán a los seglares? Pero, recuerden ustedes:

Primero: que los seglares saben de todas las pequeñas miserias que estas páginas reflejan, y de muchas más. No se escandalizarán, por consiguiente, y si ello sucediera tal escándalo sería pusillorum.

Segundo: que por temor al escándalo de los enanos no podemos renunciar al bien que logrará el libro si se lo medita con seriedad y se lo aplica en todo lo posible".

Refiriéndose al autor del libro el prologuista dice:

"¿Quién es Daniel A. Lord? —Un sacerdote jesuíta que habla y escribe deliciosamente el inglés, aunque no lo hayan invitado a sus recintos los cenáculos literarios de Buenos Aires". Y luego de citar los títulos académicos y las obras principales del autor de *FRENTE A LA REBELION DE LOS JOVENES*, escribe el prologuista:

"Al presente el P. Lord trabaja empeñosamente por la moralización del cine. Fué fundador de la famosa Liga de moralidad, que adquirió justo renombre y frenó en gran parte el exceso de inmoralidad en la cinematografía de su patria. Este empeño le ocasionó profundos sufrimientos que supo superar con espíritu magnánimo y sacrificado.

Ha sido considerado muchas veces por los espíritus indolentes como un revolucionario en temas de educación y cultura. De ello darán prueba concluyente las páginas de este libro.

Sabe que la pedagogía y la dirección de las almas no pueden reducirse a fórmulas inmutables, antes bien deben evolucionar como la vida, que entraña movimiento y agitación constante. Su misión es sembrar inquietudes, porque está persuadido de que nada puede suceder más pernicioso para un pueblo o para una sociedad que el que se estanque en el indiferentismo y en la pasividad, engendradora de la molicie.

Un mundo sin inquietud de espíritu se parecería a un océano que desfalleciera quedando para siempre sumido en calma chicha".

Como claramente expresa el Prólogo, esta obra del jesuíta Daniel A. Lord está llamada a provocar apasionadas discusiones en nuestro ambiente católico. Es de prever que las nuevas normas de educación, tan nítidamente propuestas en este precioso libro, hallarán furiosos defensores y más furiosos contradictores. Estamos en presencia de un libro francamente revolucionario del que no será posible prescindir. Y aparece, vertido a nuestro idioma, en una hora propicia para los movimientos de valoración, análisis y reconstrucción.

No se trata de un libro inofensivo. Los di-



25 MAYO 1810

rectores, profesores y pedagogos de colegios católicos, los dirigentes de centros de Acción Católica, para quienes fué primordialmente escrito, y todos aquellos a quienes preocupe la educación cristiana de la juventud y el fracaso palmario que tal educación padece, hallarán en estas páginas temas de honda reflexión.

Estamos frente a un escándalo *pedagógico. Pero hay escándalos ineludibles, como el enorme escándalo de la Cruz, que es preciso se armen de tiempo en tiempo para remedio de apoltronados, anquilosados acidiosos e inertes. Y ¡quién podrá dudar que la educación católica en innumerables colegios de religiosos y religiosas y en muchísimas reuniones de Acción Católica constituye una perfecta anquilosis!*

Déjenme decir, para terminar, que no conocemos ningún libro como este libro, en que se trate con tanta eficacia, dignidad, y profundidad el tema de la pureza de nuestros muchachos católicos, en medio la inmunda vida contemporánea. Así se debe hablar de castidad, de noviazgo, de amor humano, de relaciones entre muchachos y muchachas. ¡Y qué suerte poner en las manos una doctrina recia sobre temas de los que se dicen tantas necedades que a uno hasta vergüenza le da oírlas! Y, así se debe hablar hasta de las relaciones entre directores espirituales y dirigidas, entre confesores y confesadas. ¡Qué sofocón, buen Dios, dará a más de cuatro este bombardero que nos viene de yanquilandia!

L. de Aldama

EL 2º TOMO DE LA BIBLIA. Nueva publicación de Monseñor Straubinger.

Acaba de aparecer una obra de suma importancia para quienes desean conocer a fondo en sus fuentes y documentos básicos la Religión Cristiana. Me refiero al 2º tomo recientemente publicado, del Antiguo Testamento; un precioso volumen de 990 páginas (10 x 16 cm.), de fácil manejo, impresión nítida y bien encuadernado, obra de la editorial Guadalupe (Mansilla 3865. Buenos Aires), que tan importantes servicios ha prestado y sigue prestando cada día en aumento a la bibliografía argentina. El sabio profesor de La Plata, Monseñor Straubinger ha cuidado y retocado con importantes mejoras en este volumen la conocida traducción de la Biblia de Torres Amat.

Le ha agregado notas de erudición, conciliando en ellas los dos extremos tan difíciles de conciliar: la profundidad y la claridad.

El sabio escriturista platense, que está al tanto de los aportes más recientes de la ciencia bíblica en todas sus ramas (crítica del texto, lingüística, historia, arqueología, etc.), ha sabido descender de sus notas, que pone al pie de cada página, hasta la mente del simple fiel no acostumbrada al trabajo científico, para ponerla en posesión de cuanto pueda interesarle para instruir su fe. Además, como escribí en otra ocasión refiriéndome al Salterio publicado por el mismo ilustre profesor; en Monseñor Straubinger se ha realizado, de manera admirable, constituyendo algo característico de su personalidad, aquel ideal a que tiende la predicación del Evangelio: producir en las mentes "un cabal conocimiento de la verdad, el cual conduce a la piedad verdadera" (es frase de San Pablo en su carta al Obispo Tito). El conocimiento profundo de la Sagrada Escritura, que siempre ha manifestado el citado profesor, y que deposita a manos llenas en este volumen recientemente aparecido, hace brotar en su pluma sentimientos y enseñanzas de la más sólida piedad. Se trata, pues, de un 2º tomo de la Biblia, que junto con el 1er. tomo del Antiguo Testamento anteriormente publicado, y con el Nuevo Testamento que forma parte de la misma colección, ha de satisfacer la sed de conocimientos religiosos, que felizmente abrasa a tantas almas. La simpatía con que ha sido recibida esta publicación por el público bonaerense, la patentiza el hecho de que la librería editora vendió totalmente los primeros 500 ejemplares en la primera semana después de su aparición; y que un solo librero de Buenos Aires vendió 25 ejemplares en 3 días. La Biblia completa de Monseñor Straubinger se presenta en la siguiente forma:

Tomo I. — Génesis, Exodo, Levítico, Números, Deuteronomio, Josué, Jueces, Rut, I y II de Samuel, I y II de los Reyes (aparecido).

Tomo II. — I y II de los Paralipómenos, Esdras, Nehemías, Tobías, Judit, Ester, Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés (aparecido).

Tomo III. — Cantar de los Cantares, Sabiduría, Eclesiástico, Isaías, Jeremías, Lamentaciones, Baruc, Ezequiel, Daniel, Profetas menores, I y II de los Macabeos (en preparación).

Tomo IV. — El Nuevo Testamento (aparecido).

Tomo V. — Concordancia bíblica (en preparación).

Cada volumen del Antiguo Testamento cuesta $ 5.—, y el volumen del Nuevo Testamento $ 4.—. En ningún hogar cristiano, en ninguna biblioteca, en ninguna escuela debiera faltar esta edición, que tanto favorece el comprender y sentir las palabras del libro inspirado de la Biblia, "esas cartas paternales" que Dios "desde el trono de su majestad nos envió a sus hijos" como se expresa el Sumo Pontífice Pío XII, en su última Encíclica "Divino Afflante Spiritu" ("con la inspiración del Espíritu Santo").

Viene esta obra a secundar los deseos del Papa expresados en su misma Encíclica, cuando agrega: "traten de aumentar y perfeccionar cada día esta veneración (de la Sagrada Escritura) en los fieles que les están encomendados, promoviendo todas aquellas iniciativas con que los hombres llenos de ardor apostólico tratan laudablemente de excitar y fomentar entre los católicos el conocimiento y amor de los sagrados libros.

Favorezcan, pues, y presten ayuda a aquellas piadosas asociaciones que se proponen di-

fundir entre los fieles las ediciones de la Biblia y en especial de los Evangelios y procurtr con todo empeño que su lectura diaria se haga en las familias cristianas recta y santamente; recomienden con eficacia la Sagrada Escritura traducida a lenguas vivas con la aprobación de la autoridad de la Iglesia". "Y con respecto a los comentarios que con tanta alabanza y tan grande fruto se editan de tiempo en tiempo en los diversos países de la tierra. o para tratar y exponer científicamente las cuestiones o para acomodar los frutos de tales investigaciones al ministerio sagrado o a la utilidad de los fieles, cuiden los ministros sagrados de apoyarlos con todas sus fuerzas y divulgarlos oportunamente entre los varios estados y órdenes de su grey. Porque han de persuadirse que tales cosas... les serán eficaces auxiliares en el cuidado de las almas".

Víctor Anzoátegui, S. J.

DIBUJO LINEAL Y MECANICO. Por el Prof. Severo A. Mantilaro. Edición del autor - Tres Arroyos.

"El dibujo es el idioma universal del que nos valemos para transmitir las concepciones imaginarias y reales en sus distintas y variadas formas, geométricas o artísticas; ya que la palabra con ser un don inapreciable y elocuente no nos auxilia para su fiel interpretación". Así se expresa el autor de estos libros de Dibujo que son verdaderos guías para el alumno.

Impresiona muy gratamente la forma consciente en que están desarrollados, desde el detalle más elemental hasta alcanzar un grado considerable de adelanto, dando al alumno un excelente caudal de conocimientos que le permitirán un desempeño eficaz en su labor técnica.

El señor Mantilaro, deja traslucir en forma neta en sus obras, un conocimiento cabal de la materia como así mismo sus dotes de profesor unidos a la experiencia en la enseñanza.

Pedro E. Scoltore G.

DON BOSCO, AMIGO DE LAS ALMAS. Por J. B. Francesia.

Existen innumerables biografías sobre Don Bosco, como cariñosamente se le sigue llamando. Pero la actividad del Santo fué tan intensa y constructiva, tan manifiesta su influencia en la Italia convulsionada de la segunda mitad del pasado siglo, que por muchos que sean los libros dedicados a estudiar su vida, siempre quedarán aspectos no del todo esclarecidos.

Nosotros contamos con la bastante amplia e interesante biografía que a sugerencias de algunos superiores salesianos escribiera especialmente para la Argentina, Hugo Wast. No obstante los detalles íntimos y fidedignos contenidos en esa como en otras obras de autores distintos, será considerada a priori *como de mayor valor documental la escrita por un testigo, por un discípulo de Don Bosco. En esto y en la época en que se publicó* Don Bosco, Amigo de las almas *estriba la mucha y justificada importancia de este libro.*

El autor fué uno de los queridos biricchini *del Santo. Sintió la emoción de su alma ante la palabra, esa palabra dicha al oído, de quien poseyó como pocos el secreto de conocer, conquistar y elevar las almas hacia Dios. Y así puede narrar, porque lo experimentó y lo presenció, esa divina tarea que Don Bosco llevó a un grado pocas veces alcanzado: la santificación de las almas, llamada con razón el* Ars artium, *el Arte de las artes.*

No es esta obrita una biografía propiamente dicha. Hay algo que sobresale en la intención del autor y que es mostrar en todos sus detalles la manera especial y ejemplar de Don Bosco para confesar. Ello lo logra precisamente porque él recibió en su corazón y en su alma las palabras de vida que brotaban de labios del Santo fundador, y porque fué testigo de numerosos hechos donde se ponía de manifiesto el cuidado y la dedicación que el amigo de las almas *prestaba a la confesión, tantas veces descuidada en esos como en los actuales tiempos. Así nos es dado leer páginas de dulce evocación que nos obligan a meditar y distinguir la gran distancia que media entre un confesor como Don Bosco y tantos otros...*

"Notábase en él —dice Francesia— una sabiduría especial para conocer a los más o menos ocupados, a los impacientes y menos dispuestos a esperar, y a éstos los hacía pasar adelante sin herir la susceptibilidad de los otros. Parece que todos saben que Don Bosco los recibe siempre, no sólo con urbanidad, sino también con aire alegre y festivo, de suerte que les parecía asistir entonces a una especie de diversión. Por más que fueran de condición muy humilde, jamás dejaba de recibirlos con amor paternal y de tratarlos con el afecto de un amigo, de un padre, obligándolos, con esta manera de proceder, a amar este Sacramento, del cual quizás algunos no sólo por falta de buena voluntad, sino también por haber sido otras veces mal recibidos de ciertos confesores desde mucho tiempo se habían alejado".

Es este el aspecto más interesante del libro que el autor subraya constantemente a través de toda la obrita y que, en suma, constituye el objeto principal de la misma.

Editado por las Escuelas Gráficas del Colegio Pío IX, *el libro corresponde a las entregas* 717-18. *Enero-Febrero* 1944, *de las "Lecturas Católicas", cuyo fundador y primer escritor fué el mismo Don Bosco.*

F. M. T.

Teatros - Conciertos - Cinematógrafos

Por JULIO ALBERTO SCANAVINO

Se va afianzando dentro del marco teatral en lo que a representación merece nuestro juicio adverso. Si se admite así, por los valores escasos que demuestran las obras que hasta hoy nos ofrecen nuestros teatros. Esto hay que achacarlo muchas veces no a los artistas, ni a los autores, sino al verdadero público que acepte complicido obras que carecen de dignidad artística y no dejan, por ende, ningn sedimento en el espíritu de los que concurren al teatro no por el placer de "pasar el tiempo" sino para aprender algo y solazarse en algo grande, y noble.

●

TEATRO COLON

Con el brillo que se le asigna festejando la efemérides patria nuestro gran coliseo reeditó el 25 de mayo una fecha digna de su magnífico historial.

Ante la presencia del Presidente de la República y otras personalidades destacadas, se representó el drama lírico "Bizancio", de Gustavo Macchi y Héctor Panizza. Fué sobresaliente la labor de todos los integrantes, confirmándose en un todo lo que esta partitura es, rica en cualidades de lirismo, destacándola por la pericia del autor al disciplinar el conjunto que nos brindó una de las noches de gala de recuerdos imperecederos. Demostraron aptitudes magistrales para su desempeño Delia Rigal; Sara César, en su papel de Eudosia; Pedro Mirassou, siempre entusiasta, y vibrante y pleno de recursos en su canto; Víctor Damiani; Felipe Romito; también cumplieron su misión gratamente, lo mismo, todos los integrantes, habiendo merecido la ovación prolongada con que se les premió al final de cada acto.

Los coros, de Rafael Terragnolo lo mismo que los decorados contribuyeron a dar realce al espectáculo. El maestro H. Panizza, que dirigió como dijimos el espectáculo, recibió una sanción merecida como compositor y director.

●

TEATRO MUNICIPAL

El primer espectáculo del Teatro Municipal estuvo acertado en la representación de la obra de Bernardo Canal Feijóo, "Pasión y Muerte de Silverio Leguizamón". La crítica concretó en su oportunidad el relato parlante, elogiándolo por su tema como por su contenido folklórico. El argumento está basado en la versión patriótica de un mito popular heroico. La realización de la obra estuvo a cargo de una compañía, formada por veteranos intérpretes de la escena nacional y elementos jóvenes del Conservatorio Nacional de Arte Escénico, del Teatro Infantil Labardén y de algunos conjuntos experimentales, interviniendo también artistas pertenecientes a la Escuela Superior de Bellas Artes, que se encargaron, a su vez, del decorado y vestuario.

Inicia de esta manera el Coliseo Municipal el cumplimiento de una misión de cultura popular y también contribuye a que el esfuerzo y el sacrificio de la juventud estudiosa obtenga el premio que merezca a su justa y nobles ansiedades como es el de crearles el clima donde ha de actuar y facilitarles todos los medios para el surgimiento.

Felicitamos complacidos al director del Teatro Municipal, Fausto de Tezanos Pintos, quien, con la nobleza de intenciones elevadas ha concretado en una hermosa realidad este proyecto, del cual nos enorgullecemos.

TEATRO CASINO

El conjunto del género musical que actúa en el escenario del Teatro Casino, bajo la dirección de Edi Gilbert, renovó su cartel con el estreno de la producción en dos actos: "Baile de Gala", dada en las primeras salas europeas con el título de: "Siete Colores". Tiene esta obra corte de opereta, con ribetes de revista, por su construcción, la que se desarrolla en doce cuadros, realizadas por el director sobre una idea de Bramer y Beer, adaptada para la escena nacional por Nicolás Viola, con comentarios musicales del maestro Gilbert. El conjunto que intervino lo hizo cumplidamente, llevando bien los papeles los actores Villa, Caplán, Norma Castillo, Leonor Molina, etc., y las segundas tiples en sus interpretaciones coreográficas.

●

TEATRO COMEDIA

En el Teatro Comedia se presentó un conjunto de actrices, encabezado por Josefina Serrador, estrenando: "Presidio" (mujeres en sombras), obra de reparto netamente femenino, original de Fernando Benza y Eric della Valle. Hay una tendencia vocacional, ya sistematizada en algunos autores, que es una segunda naturaleza, y que constituye un obstáculo para el logro de triunfos perdurables.

Esta orientación manifiesta de servir los sentimientos que se reflejan en el públieo de bajas tendencias, explotando los que debiera ser atributo íntimo es llevado a la escena, brindando al gusto y paladar de esos mismos sentimientos, aspiraciones burdas de un público que encuentra así amplia repercursión a sus ansiedades. Esta obra no se recomienda al público que aspire a que el teatro sea una enseñanza y una orientación espiritual.

●

EL "TINGLADO"

El "Tinglado" —conjunto experimental, integrado por jóvenes escritores y periodistas— inició su quinta temporada con el estreno de Manuel Kirs, intitulado "La gracia del gas", en tres actos; obra rica en sugestiones ésta, trazada con una técnica severa, dando cima a una tendencia "expresionista", que dió lustre después de la anterior guerra al arte dramático de Alemania.

Bajo la dirección de Aurelio Ferretti, que tuvo correctísima actuación con la colaboración destacada de Jorge Massini, y Mario H. Grau. Descollaron en igual forma Sonia Reynal, Alicia Campos, etc.

Las escenografías de Carlos J. Bruno y Roberto J. D'Ursi coadjuvaron al decoro ejemplar de un espectáculo que, para la cutlura popular será repetido en varios teatros.

●

CONCIERTOS

Concierto Sacro

Al total beneficio de los prisioneros de guerra franceses se llevó a cabo el 29 de mayo el gran Concierto Sacro en la basílica de N. S. de la Merced. Dado los fines altamente nobles de la reunión, un público católico numeroso asistió al acto.

El programa preparado descollaba por la significación que representa oír las obras de los máximos exponentes en el arte musical. Así es que, en la ejecución de las páginas de Bach, de Victoria, música ésta que formó parte del coro de la Catedral de Avila; de C. Saint Sáenz, el público pudo apreciar el sereno vuelo del espíritu musical de aquellos genios que se inspiraron en la luz que sólo Dios brinda a los caracteres de selección.

●

Conciertos

Alejandro Borovsky dió un recital en el Odeón, asombrando por la técnica precisa y como un alto mensajero luminoso que atrae por su virtuosidad, como así también como ejemplo de alta dignidad artística al exclusivo servicio de su ideal y el ser intérprete para trasmitir al oyente toda la clásica historia musical. El programa desarrollado es una síntesis de lo más grande que crearon aquellos mayos de la música, desde Bach, Beethoven, Liszt, Mozart, Chopín, Mussorgsky, hasta nuestros contemporáneos, entre los cuales están representados algunos compatriotas nuestros: López Buchardo, Aguirre, Gómez Carrillo, etc.

Por su dignidad artística, por la concisión y por la hondura de su concepto musícal, el recital de Borovsky, constituyó uno de los mayores éxitos dentro de nuestro medio cultural.

●

÷ *Claudio Arrau volvió a reeditar uno de sus grandes recitales en nuestro máximo Coliseo. El extraordinario pianista chileno que nos visita para honra nuestra; es la tercera vez que siente el cálido afecto del recibimiento argentino. Y hoy este homenaje es más hondo, más sugestivo, más elocuente. Es en el teatro de las grandes consagraciones que el máximo ejecutante ha recibido esa expresión máxima de asentimiento que lo eleva y lo alienta en el curso de sus relevantes progresos. Las admirables condiciones de instrumentista, la solidez de su arte, la incomparable maestría de su mecanismo, hecho perfecto, merced a su talento creador y fiel intérprete del pensamiento clásico universal, han hecho de este magnífico artista un notable representante de este divino arte.*

●

÷ El 29 de mayo en el Salón de actos del Edificio Volta se realizó un gran concierto,

donde intervinieron las Srtas. Mafalda Rinaldi Faleni; Elsa Calcagno, y Lydia Latzke. La primera de las nombradas, joven soprano de relevantes cualidades, impresionó a la concurrencia por la sólida cultura musical, ratificando ampliamente los juicios laudatorios anteriores, emanados ya por su actuación en el concierto de música mejicana, ofrecido por R. C. N. de la Cultura.

Lydia Latzke, pianista consagrada por sus entusiasmos en el arte que cultiva, refirmó en un todo las expresiones de franca adhesión con que siempre se le señala en todos sus recitales.

Elsa Calcagno, como autora y ejecutante en el piano, ha sabido reseponder a la expectativa general que despierta este valor auténtico de la joven generación, y que ya se señala por su aporte artístico de un sentimiento y de una responsabilidad que acrece en cada representación y que constituye un homenaje para nuestro desenvolvimiento musical.

●

CINEMATOGRAFO

"Su mejor alumno", en el Ambassadeurs

La cinematografía argentina ha alcanzado un éxito sorprendente al llevar al cine una evocación histórica tan profunda, tan íntimamente nuestra, como lo es la película "Su mejor alumno". Desde su génesis hasta esta última producción el cine argentino, ha tenido que vencer miles de obstáculos, llegando hoy a consagrarse como país productor de películas de alcances que pueden satisfacer los más exigentes anhelos del espectador más culto. En esta película, producción de Artistas Argentinos Asociados, dirigida por Lucas Demare, se destaca en primer lugar por su fidelidad en el papel de Sarmiento la recia figura del actor Enrique Muiño, que encarna el personaje central. El público tuvo la sensación de haber visto en persona al gran civilizador, a través de un peresonaje; de un actor eminente que ha encontrado en su alma la vibración estupenda de esa montaña intelectual en su carácter y aspectos psicológicos relevantes.

La película, bien orientada, ha sido metodizada para su claboración, inspirándose en "Recuerdos de provincia", autobiografía del gran pensador, para perfilarse, más tarde, al salir de esas páginas, ante la magnitud de la grandeza de Sarmiento al ocupar sus puestos decombate ante la Legislatura y, en la cárcel, en el destierro, como minero, como maestro, etc. La presencia de Mitre, que lleva, al gran luchador al "Nacional", etc., son cuadros perfectamente realizados, así como el emocionante asalto de Curupaytí, donde muere Dominguito, son escenas que honran a nuestros esfuerzos como país entusiasta de este arte que ya ha conquistado el Continente. En el lapso de esta película hay que destacar los aciertos de Norma Castillo, Orestes Caviglia, María Esther Buschiazzo, Angel Magaña, Hugo Pimentel, etc.

●

"Pacha mama", en el Monumental

Es una producción local de S. S. R. C., hablada en nuestro idioma. Fué estrenada en el Monumental, ante calificada y numerosa concurrencia. El escenario sobre el que se desarrolla la acción es el norte cordillerano, en medio de dilatadas llanuras, bordeadas por montañas que dan el matiz propia para el desenvolvimiento de una película como ésta, que, al par de la sobriedad del desempeño de los artistas, exhibe, por así, decirlo toda su pujante y riqueza natural que se esconde en nuestra tierra y que, al exhibirlo en pblico contribuye a que ese conocimiento se haga en forma objetiva para el goce del espíritu y también para propulsar la ansiedad de conocer toda la riqueza de nuestro pueblo.

"Pacha mama" es una poema llevado al cine con todo el sentimiento y el amor que exhala ese documento incaico. La fotografía, y combinación de luces, destaca lo panorámico de esta producción donde brillan en conjunto por la interpretación adecuada de Lydia Quintana, Elisardo Santalla, sobrio en su papel del viejo Karpanchay, Florindo Ferrario, Leticia Scuri, etc. El director Sr. Roberto Ribón ha estado muy acertado en su labor, que ha sido realzada por la música expresiva de Alejandro Gutiérrez del Barrio. La fotografía y el argumento pertenecen respectivamente a Adolfo Schlazi y a Amadeo R. Sirolli.

Loscuatro grandes en el arreglo del Mundo

AQUELLA mañana, se reunieron por vigésima vez los cuatro grandes con muchos otros empleados de la casa y de fuera de ella, para tratar sobre la edición de una revista.

—No es posible que el *Círculo Tetrárquico*, sede la más respetable y jerárquica del mundo, carezca de un órgano de publicidad que debe propiciar la unión de todos los Estados para concordia general. Así dijo uno.

—Una revista será muy oportuna para dar cuenta del movimiento del Palacio Estadual y de la importancia de sus funciones. Así expresó otro.

—Hay peligro —dijo un tercero por lo bajo— de que se publiquen como hechas, multitud de cosas que nunca se pensaron hacer, como sucede en las "*Memorias*" de tantas Reparticiones y Organismos que justifican empleos y sueldos con relatos novelados que hacen sonreír.

Y en la reunión se discutió el formato, la periodicidad, el título, las secciones fijas y las secciones movibles de la futura revista. Se habló también sobre el carácter de las colaboraciones. Pero no lograron ponerse de acuerdo los asambleístas en ningún punto de los tratados en aquélla, ni en las diez y nueve larguísimas reuniones anteriores.

—Nuestra ocupación es arreglar el mundo, no escribir revistas. Porque estamos hartos de papel impreso, donde no se leen más que pavadas. Esto dijo Aristóteles en voz alta para atraer la atención, en un momento en que los asambleístas discutían por grupos separados sobre carreras y sobre fútbol.

—En mi época no se publicaban revistas; *se escribía* —añadió Cicerón—.

—Nos hartaremos solicitando artículos —apuntó una señorita del montón—.

—Y nos volveremos locos buscando avisos —añadió otra—.

—Pediremos una subvención oficial, lo que facilitará la creación de nuevos nombramientos —interrumpió entusiasmado, el delegado Pérez—. Y añadió: obligaremos por ley a los comerciantes que nos den avisos o el importe de los mismos. Y se arrellanó en su butaca muy satisfecho por el parrafito que le pareció francamente parlamentarista.

Después se multiplicaron otros puntos de vista parecidos, que eran síntesis de interminables y fastidiosas exposiciones anteriores.

—¡Señores, pido la palabra! —exclamó con autoridad pontifical un señor de porte elegante y modales finísimos que pasaba por técnico revisteril y que había sido el primero en sugerir la creación de la revista.

Y tomó la palabra sin que nadie se la concediera. Y expuso un complicado y maravilloso plan de orden periodístico. Y habló sobre la importancia y necesidad de unir todas las voluntades por medio de un órgano periódico... Y desarrolló la historia filosófica del origen de los estados y la filosofía histórica de todas las cartas magnas.

El orador parecía escucharse a sí mismo y no "caía en la cuenta" del fastidio que su "lata" producía en el auditorio.

—Este "tipo" está loco —comentó un oyente—.

—Todos los genios han parecido locos —respondió el bachiller que felizmente había pasado en los últimos exámenes.

—Pero si a todos los locos los consideramos genios —intervino un tercero— habría que abrir los manicomios y "largar" a los orates a la calle para que proyecten fantasías...

Pero el técnico en revistas, continuó inmutable con su discurso exponiendo sus éxitos en la dirección de otros periódicos. Por momentos parecía eclipsar a Aristóteles por la vastedad y hondura de sus conceptos.

Y cuando el público, cansado del tremendo monólogo, asentía con la cabeza y aprobaba con sonrisas cadavéricas, para que se terminara de una vez aquello; el caballero medioeval, recogía iluminado como universal aplauso lo que era universal cansancio. Y tomando nuevos bríos y engolando nuevamente la voz, continuaba cada vez con mayor entusiasmo su kilométrica oración.

Durante el sermón se fueron retirando algunos de los asambleístas con diversas

expresiones francamente no muy cariñosas para con el orador.

Y llegó un momento en que uno de la concurrencia interrumpió violentamente la cháchara:

—Pero ¿con qué se financiará todo ese sueño?

El periodistólogo hizo una inclinación de minué y con sonrisa que quiso ser apodíctica, contestó:

—Nuestra revista producirá millones ya desde los primeros números, números que los pueblos de América solicitarán ávidos. Nuestros nombres llevados por las plumas de los vientos, esculpirán en los bronces el busto de nuestras vidas para ilustración de las generaciones.

—¡Bravo! —dijo Pérez, que por casualidad oía—. ¡Que hable! ¡Este sí que serviría para una jira política! ¡Cuando volverán esos tiempos!

—¡Nunca! —replicó un muchacho que estaba cerca—.

—¡Cómo! ¿No es usted democrático?

—Soy patriota.

—No lo tome así, hombre, yo también soy patriota, pero me gusta la democracia.

—¿Cuál de ellas? ¿La de Moscú?

El orador mientras tanto había continuado impertérrito su descomunal monólogo y todos los asistentes conversaban entre sí, hasta que un concurrente fastidiado gritó:

—Este segunto tomo del Caballero de la Mancha está empeñado en una nueva lucha contra molinos de viento y mientras tanto trata de dejarnos *nock aut* con esta ofensiva de nervios.

—Claro que si la nonata revista se vende —interrumpió otro— como se venedió el *"Quijote"*, los propietarios conseguirán mucho dinero.

—Pero el *"Quijote"* —dijo un tercero— se vendió bien, muchos años después que Miguel de Cervantes Saavedra pereció de miseria. Y, por otra parte, a esta revista le puede suceder lo que al cántaro de la lechera.

El caballero de los brillantes proyectos aprovechó un breve silencio y retomó la palabra con nueva furia para continuar el astronómico chorizo, sobre la futurible publicación, echando miradas frecuentes de soslayo a Marco Tulio, convencido de que era él, el único orador de los siglos.

Aristóteles y Cicerón asistían a ese terremoto sumamente complacidos, porque jamás habían oído más sandeces en menos tiempo.

Allí se hablaba sobre la polarización de la luz, sobre las 24 tesis tomistas, sobre la obligatoriedad del trabajo en las cárceles, sobre la invasión de los aliados, sobre el tiranicidio, sobre el tatuaje de ciertos polinesios, sobre la materialidad del pensamiento, sobre la espiritualidad de los chistes, sobre palabras cruzadas, sobre el reconocimiento al gobierno revolucionario de Ecuador y sobre todo lo que se habría comprado con lo invertido en aviones y tanques en esta descomunal guerra. Algunos se quejaban de que en las reuniones gremiales se trata sobre todo, menos sobre lo que interesa al gremio; otros comentaban la falta de puntualidad de los empleados nacionales y las sanciones que se deben aplicar a los que no cumplen las seis horas. Y a propósito de esto último, fué muy gracioso lo que propuso un alto jefe burocrático: "entiendo —dijo— que es esencial al buen desarrollo del movimiento expedienteril, que cada empleado cumpla exactamente con el horario en la propia repartición". Muchos de los asistentes sonrieron porque el alto jefe era uno de esos servidores públicos que no sirven para nada y que por añadidura se exceptúan de horarios y obligaciones y sólo llegan con puntualidad a sus reparticiones en los momentos de cobrar el sueldo.

Mientras se conversaba de "omni re civile" —como dijo un latinista allí presente— el orador no había tomado respiro y con los más próximos continuaba su exposición. En ese instante se expresaba así:

"Hay que escribir, señores, escribir mucho, para que nos hagamos dignos de pertenecer a las academias literarias. Scripta manent..."

—Ya no *manent* —interrumpió alguien— porque los libros se venden por kilos como cosa inútil.

El orador, infatigable, continuó castigando el aire (como tantos oradores sin ideas).

Algunos asistentes movidos por lástima aplaudían de cuando en cuando para que se callara, hasta que la mayor parte fué entrando en un dulce sopor y el sueño hizo fácil presa de ellos.

Uno de los asistentes no aguantó más, y

abandonando su asiento se aproximó al monologuista, le tomó del brazo y lo invitó a salir de la sala. La invitación fué un poquito convincente y el orador estuvo a punto de sentirse ofendido, cuando intervino oportunamente Aristóteles que ya había dormido unas horas.

—Para editar una revista hacen falta hombres ilustrados, bien intencionados y laboriosos que sepan lo que deben escribir. Las publicaciones sin ideas ni gramática tan abundantes, sólo sirven para desprestigio general.

—Sí; es preciso —acotó Cicerón— un gran amor a la patria fundado en el amor a la Divinidad, origen de todas las cosas. "causa causarum".

—Opino que se deben quemar todas las revistas —insistió Aristóteles— y no crear nuevas.

—Usted atenta contra la libertad de pensamiento —increpó uno de los asambleístas—.

—Yo no puedo atentar contra la libertad de lo que no existe—, contestó Aristóteles.

—¿Que no existe el pensamiento? —insistió el que arguía—.

Aristóteles se sonrió y no habló más. Y aquello se convirtió en un berengenal. Todo el mundo discutía a gritos sobre la esencia y la existencia del pensamiento y sobre las libertades, comenzando por la libertad de indiferencia, para dar visos de seriedad en la disputa.

Por momentos, aquello parecía una de esas mensuales de seminario en que se tratan los grados metafísicos del mismo individuo y su distinción real o "formalis ex natura rei", porque en aquella asamblea nadie entendía un comino de lo que hablaba.

"Ego cogito, ergo sum" —gritó uno—. Y se armó la gorda entre los amigos y los enemigos del filósofo francés a quienes la mayor parte de los asistentes no habían oído nombrar jamás.

"Usted no piensa —le contestó un asamblísta—, usted existe sin pensar".

El argüído se defendió:

—"La casualidad absoluta no existe. Luego aunque yo no pensara si existo es porque alguien ha pensado.

—"El que pensó por usted, fué Descartes, pero usted no es más que el fenómeno sin noúmeno.

En ese instante intervino el delegado Pérez, que oía con entusiasmo:

—Pero ¿por qué lo descartan tan rápido si el hombre es correcto? Además, eso de llamarle fenómeno es una guarangada. Déjenlo seguir.

Una risotada general acogió las palabras del filantrópico Pérez, y la asamblea no se diferenció mucho de aquellas del antiguo Concejo Deliberante de Buenos Aires que en gloria esté.

—Esto se transforma en Cámara de Diputados y Senadores —dijo Cicerón un tanto enojado—.

—Todavía no se han tirado tinterazos por la cabeza ni se ha matado a nadie por la espalda —respondió Aníbal con tono amable—.

—Francamente no he querido ofender a esta digna asamblea —excusó Marco Tulio comprendiendo que el militar tenía razón—.

Y las discusiones continuaron a gritos, sobre todos los temas habidos y por haber, menos sobre la edición de la revista que era el tema de aquellas 20 reuniones, ni tampoco sobre el arreglo del mundo que era la finalidad del Círculo Tetrárquico.

"Sermonem in multam noctem produccimus" —dijo Cicerón a eso de las tres de la mañana, "hemos prolongado mucho la conversación". Lo tradujo en seguida porque entre los asambleístas había muchos académicos de letras y ciencias y egresados de Filosofía y podían ofenderse de que Marco Tulio les hablase en "idiomas".

—Total, el lacio es una lengua muerta —comentó entusiasmado Pérez— y hay que expresarse en algo vivo y palpitante. ¿No dicen que la lengua la hace el pueblo? El pueblo más democrático es el de Boca. Yo me quedo con el lunfardo ¡viva Boca!

La conversación se generalizó, y en el grupo de Pérez no se habló ya sino de Boca Juniors, River Plate, San Lorenzo, Independiente, Racing.

Amanecía, cuando los asambleístas estaban todavía en "veremos" respecto a la fundación de la revista. Una cantidad de empleados nacionales propusieron presentar un pedido urgente de reconocimiento de servicios, sueldo especial y viático por las horas extras que habían empleado en

las 20 asambleas preparatorias de la revista. Otros empleados propusieron también que se elevara un documento especial con el "sellado pertinente" y las "cláusulas y artículos" de acuerdo al "espíritu de la ley", a la "sublimidad de la justicia", a los "privilegios y prerrogativas del funcionario público" de suerte que todos los servidores de los Estados que, prestaren servicios en el "Círculo Tetrárquico" por la "responsabilidad de sus funciones": artículo 1º a los 20 años de servicios y 40 de edad, se jubilarán con el doble del último sueldo; art. 2º, en caso de fallecer (el empleado), su madre, esposa e hijas cobrarán mientras vivan dicho último sueldo doblado; art. 3º, los Estados pagarán todos los gastos de entierro, médicos y enfermeros, mandarán pésame a la familia y flores al "descansante" y abonarán también todas las deudas del "*fallecido*" y en una palabra, cargarán con el muerto y con los vivos. Art. 4º Los empleados que no cumplan con "cordura profesional" los "sagrados deberes y cometidos" del "apostolado público" serán sometidos al "condigno interrogatorio" y no podrán ser castigados ni destituídos sin haberles dado antes dos años de tiempo para que mediten y enmienden lo que en su "apostolado del idealismo y del espiritualismo" encontraran no enteramente ordenado en servicio del "sagrado pueblo soberano, independiente, liberal y democrático"...

Uno de los presentes interrumpió la lectura del proyecto empleaderil, que por lo oído estaba llamado a ser el último y más asombroso progreso burocrático y preguntó:

—Para qué presentar proyectos de jubilación y viáticos si recién comenzamos nuestro "cometido"?

El autor del proyecto explicó de inmediato al novicio, cómo el expediente con los temas: escalafón, méritos, privilegios, etc., debía presentarse con los "sellados de oficio" en "Mesa de Entradas" de la "Institución del Personal Interestadual"; cómo dicho expediente debía pasar de una en una por todas las oficinas de la dicha Institución; cómo debía elevarse después al "Ministerio Interestadual" donde recorrería nuevamente cada oficina; cómo, acrecido con múltiples sellados y resoluciones y firmas y estampillas y "vistos" debía ser remitido a la "Cámara de Consultas" donde otrosí, pasaría por una serie de trámites que "requerían su tiempo y su espacio" para la "correcta marcha de su evolutivo estudio"...

—No me explique más —interrumpió el empleado novicio, que comenzaba a marearse— pero si faltan 20 años para que estemos en condiciones de jubilación, ¿a qué tanto lío?

Pérez, que estaba cerca, intervino:

—Hombre prevenido vale por dos. Es bueno hacer con tiempo las cosas. Yo les recomiendo que sigan al expediente, es decir, que lo diligencien de oficina en oficina aflojando algunos pesitos cuando lo vean que se para. Es bueno aceitarle las ruedas, para que no lo entierren en el archivo. Yo creo que antes de los 20 años puede estar resuelto "siempre y cuando" muevan algunas cuñitas.

Aristóteles y Cicerón que no habían perdido punto de esta decisiva asamblea (excepto el tiempo en que estuvieron dormidos, soñando que estaban muertos y libres de oír tantas burradas como se oyen en algunas asambleas) y que estaban hartos por la limitación de sus posibilidades, resolvieron dejar sus renuncias indeclinables en manos de Aníbal para que éste hiciera con la espada lo que ellos no habían conseguido con toda su autoridad y ciencia.

Aníbal, que estaba tan harto como los otros pero que tenía el recurso de la fuerza resolvió sacrificarse y acabar con todo aquello. Intervino el "Círculo Tetrárquico", se declaró único responsable del hecho y como no era tonto y quería tomar resoluciones inteligentes y sin precipitación nombró consejeros al filósofo Aristóteles y al erudito, político y experimentado Cicerón.

Y aquella misma noche arrojó a la calle a todos los que estaban en el Palacio Estadual, y puso las guardias convenientes en las puertas.

Y por primera vez, después de 37 años, Juan Pérez se quedó sin empleo oficial.

Versión directa del Iala por

Lucien Fontenay

UN GRAVE PROBLEMA FAMILIAR

SOLIDARIDAD acoge en sus páginas estas cartas cambiadas entre el Dr. Armando Zavala Sáenz, autor del divulgado libro: El problema de los hijos — *Método moral y científico de aplicación en la vida matrimonial — y el R. P. Hernán Benítez. Hemos creído que el delicado tema tratado en ellas cabe del todo en nuestra revista, desde que pretende ser revista de ideas católicas, dirigida a un selecto núcleo de lectores. Por otra parte nos es muy grato ofrecer el juicio de un teólogo sobre una materia a cerca de la cual apenas se ha tratado en nuestros medios intelectuales y culturales, pese a la enorme bibliografía europea que ha ilustrado el tema considerándolo bajo sus múltiples aspectos.*

Como se verá, motivó este intercambio epistolar la resolución del Departamento Nacional de Higiene de 20 de Agosto de 1943, la cual, poniendo término a un largo expediente acrecido por Notas que demoraron la resolución final durante más de dos años, prohibe al autor del libro El problema de los hijos *la divulgación del método de la continencia periódica por constituir —según asevera la resolución— una práctica que atenta contra los cimientos de la futura grandeza de nuestra Nación al propender a la disminución de la natalidad. Sugiere además la resolución de referencia que la continencia periódica constituye un método atentatorio a la moral y, por consiguiente, no puede menos de lesionar las normas éticas profesionales a que está obligado quien ejerza la profesión médica. Estas aserciones como enteramente opuestas a la doctrina de la Iglesia son refutadas con solidez y claridad en las páginas siguientes.*

CARTA DEL DR. ARMANDO ZABALA SAENZ

R. P. Hernán Benítez.

Muy distinguido y estimado Padre:

Tengo el agrado de dirigirme a Usted, en su alta condición de teólogo, para solicitar su autorizada opinión respecto a la divulgación y moralidad del Método Ogino-Smulders que desde el año 1934 vengo proponiendo por escrito, desde mi libro *El problema de los hijos* y publicaciones periódicas, tales como *Acción Médica* y *El día médico;* y en forma oral, en Conferencias en el Instituto Municipal de Radiología, en la Escuela de la Salud y en mi actuación profesional.

Motiva especialmente esta solicitud con que molesto su ilustrado talento el hecho de haber sancionado el Departamento Nacional de Higiene, con fecha 20 de Agosto del pasado año, prohibiéndome "hacer propaganda escrita por el Método Ogino-Smulders".

Esta resolución está basada en considerandos que me afectan muy particularmente por censurarme no cumplir con mi deber fundamental de contribuir a los elevados propósitos del Superior Gobierno Nacional, entre los cuales señala el de "levantar el nivel moral de la población".

Tengo en prensa la quinta edición de mi libro *El problema de los hijos*, y necesito su autorizado parecer para decidir la impresión con tranquilidad de médico católico y argentino.

Le saludo con mi más atenta y distinguida consideración.

Armando Zavala Sáenz

RESPUESTA DEL R. P. HERNAN BENITEZ

Dr. Armando Zavala Sáenz.

Estimado amigo:

Buenos Aires, quizás porque está llena de vicios, se ha vuelto muy susceptible. ¡Ay del orador que deplore la cantidad de abortos criminales que se producen! ¡Ay del que se atreva a pronunciar la palabra neomalthusianismo o la emprenda contra los métodos anticoncepcionales y esterilizantes! No mente usted la soga en casa del ahorcado, porque cobrará fama de impulsivo, de desvergonzado, o de perverso.

Hace dos años, a pedido de un núcleo de jóvenes señoras uruguayas, pronuncié una conferencia en Montevideo ante un selecto auditorio (*selecto* digo, no por orgullo, sino para justificar el tema) sobre la moralidad del oginoísmo o de la continencia periódica. No faltaron señoras, más católicas que la Iglesia, quienes denunciaron mi conferencia al Prelado porque en ella "se les había hablado al margen de la moral".

He oído con espanto a *multitud* (deliberadamente subrayo la palabra) de católicos, médicos no pocos de ellos, perfectamente persua-

didos de que la aplicación de la continencia periódica constituye un sistema de infecundidad tan pecador como el uso de cualquier preservativo.

Por ello la nota del Departamento Nacional de Higiene, que motiva su consulta y que coloca de hecho en un mismo plano de inmoralidad la continencia periódica, propuesta a los esposos en determinadas ocasiones por la moral católica, y los abominables fraudes maritales tan de uso, no me ha llamado la atención, antes al contrario, me ha parecido en consonancia con el sentir errado, por cierto, de no pocas personas ilustradas en temas médicos y bien intencionadas a no dudarlo; pero que desconocen el dictamen de los moralistas y teólogos católicos sobre esta materia.

La mentada resolución, que prohibe la difusión de su libro, ha puesto de manifiesto hasta qué punto ha sido perjudicial rodear de silencio un tema cuya ignorancia grava no sólo las conciencias sino la cultura misma del país.

Para poner un poco de orden en esta respuesta, que forzosamente habrá de ser algo prolija, permítame, querido Doctor, que siguiendo mi costumbre divida la materia en subtítulos. Sé que ellos ayudan sobremanera a quien escribe, evitándole divagaciones e iteraciones, y a quien lee, facilitándole la retención de los temas. Los hombres no sabemos escribir cartas acostumbrados como estamos a levantar la voz y a perorar, como si nos dirigiéramos siempre a multitudes. Perdone entonces el tono un poco retórico, que no podré evitar en estas páginas.

1. — POR QUE ES PRECISO HABLAR SOBRE ESTE TEMA

Antes de responder a lo substantivo de su consulta, vale decir: la moralidad del método de Ogino-Smulders o de la continencia periódica en el matrimonio, que Usted ha propuesto en su obra *El problema de los hijos*, hallo preciso prestar atención a aquellos moralistas, que creen no debe mentarse jamás este método, si no es entonces cuando el confesonario descubre esposos habituados a las prácticas neomalthusianas y absolutamente obstinados en no multiplicar sus hijos.

Ciertamente no debe difundirse el método de la continencia periódica, aunque es plenamente moral, con propaganda de circo; es decir, con cartelera y tamborileo, como desgraciadamente se propalan los instrumentos anticoncepcionales, cual si se tratara de mercaderías tan de uso como un dentífrico o una loción.

Pero no hay duda que extreman imprudentemente la medida quienes no consienten se pronuncie en público la palabra *continencia periódica*, ni se publique lo más mínimo en torno al tema, como si constituyera un escándalo moral o un atentado contra la patria. Se ha logrado de esta suerte el resultado contraproducente de arrojar a jóvenes esposos a torturas de conciencia, cuando no a estados habituales de pecado durante largos años.

Tales puritanos parecieran vivir en un mundo lunar, al que no ha llegado el vendaval neomalthusiano invasor que inficiona los matrimonios modernos.

—¿Que se cometerán abusos y que los hogares hondamente cristianos comenzarán a esterilizar sus tálamos? — Si esta norma de evitar posibles abusos se extrema, estos extremistas habrían persuadido a Jesucristo que no instituyera la Eucaristía, objeto tantas veces del ludibrio y de profanaciones. Estoy, por otra parte, muy seguro de que esterilizan más los tálamos las vocaciones religiosas y sacerdotales que el oginoísmo practicado por las familias católicas. ¿Habrá sin embargo alguien que por motivos de poblar el mundo aparte a un joven o a una joven de su vocación a la pureza, y crea que no debe mencionarse la palabra vocación?

A quien arguya que el fin del matrimonio es precisamente engendrar hijos, responderé: Tiene usted razón. Pero ese fin ha de obtenerse no a merced de la naturaleza, (como si los hijos nacieran en un haras y no en un hogar de seres racionales, precisados a atender a las condiciones de vida, de vestido y de cultura que están obligados a dar a cada nuevo vástago), sino según razón y prudencia, y a tenor de lo que dicte la conciencia, atendidas las graves circunstancias en que puede hallarse comprometida la familia.

Puesto que el fin primordial del matrimonio constitúyelo la procreación, la fecundidad del tálamo será siempre la mayor gloria de un hogar; y toda esposa deberá honrarse señalando a sus hijos, como aquella noble mujer pagana, la madre de los Gracos, quien ante ellos dijo: "He aquí mis joyas".

Por otra parte, como quiera que sin ofensa al menos venial de Dios los esposos si no se ven forzados por serio motivo jamás deberán practicar la continencia periódica, la Iglesia, con la prudencia que le es característica, aconseja a los moralistas y predicadores no den al sistema una publicidad tal que pueda creerse ser honesto y lícito su uso, asistan o no asistan a los esposos las graves razones requeridas para su aplicación.

La falta de prudencia y de cautela, por parte de predicadores y confesores en materia resbaladiza como es ésta, podría fácilmente inducir al error de que por este método pueden los esposos burlar sin motivo ninguno ni cargo de conciencia el fin primario de la unión amorosa. Una antigua advertencia de la Sagrada Penitenciaría Romana (16 de junio de 1880) ordena a los confesores en el foro sacramental un cauto proceder en lo referente al tema.

Ni podía aconsejar otro temperamento el citado tribunal romano desde que el método propuesto entonces por Capellmann no ofre-

cía garantías de seguridad ninguna. Aconsejarlo implicaba exponerse el confesor a desconcertantes fracasos, harto perjudiciales al ministerio sacerdotal y al bien espiritual de las almas.

Sabido es que las reglas de Capellmann se basaban en una información perfunctoria que han corregido fundamentalmente las modernas experiencias de Ogino, Knaus, Smulders, Guchteneere, Schäfer, Holt, Nürnberger, Engelhard, Picard, Albrecht y eminentes ginecólogos contemporáneos.

Por ello este vidrioso tema deberá ser expuesto siempre con la delicadeza, prudencia y cautela que su gravedad reclama.

Rodearlo, sin embargo, de hermetismo es contraproducente, como quiera que constituye la única práctica moral a que deben acudir los esposos en ocasiones justificadas, evitando por este medio los métodos abominables que el paganismo propala con clamorosa propaganda, sembrando esterilidad, disolución, enfermedades, hábitos pecaminosos y condenaciones eternas.

El erudito moralista y profesor del Colegio Alfonsiano de Roma, Ter Haar, escribe: "Deben los médicos y ginecólogos no sólo aconsejar la continencia periódica a los esposos que les consultan, cuando juzguen que las razones por ellos alegadas reclaman su práctica, sino también deben escribir en lengua vernácula elucubraciones científicas sobre esta materia, que aporten nuevos datos, ilustren y confirmen las adquisiciones del saber". (*Casus Conscientiae*, Vol. II, pág. 159, 1939).

El mismo autor recuerda que es deber de los predicadores sugerir el método a los fieles cuando se presentaren los graves motivos que justifican su uso. Expresa además, que el párroco en la instrucción moral que, a tenor del canon 1033, debe dar a los novios, antes de unirse ellos en matrimonio, ha de significarles que deberán consultar al confesor las normas de conducta que les será preciso seguir cuando les sobrevinieren dificultades graves que reclamen un conocimiento cabal del problema. Sabido es también que el confesor no sólo puede sino debe indicar el método como solución moral las veces que la gravedad del caso lo requiera. (*Ibid.*, pág. 160).

Aterra a no pocos el hecho de que el conocimiento del método de Ogino, entregará las fuentes de la vida a la conciencia moral de los esposos, y las arrancará a las fuerzas incontraloreadas de la naturaleza, que las habían regulado hasta ahora.

Pero ¿no es muy justo que el hijo dependa más de la voluntad libre de sus progenitores que de un juego mecánico de zoologías instintivas y ciegas? ¿No es lógico que sea producto no sólo del hombre sino humano; es decir, fruto de un acto libre y moral?

Dorsaz, C. SS. R., nota con acierto que entregar los principios de la vida a la decisión libre de los esposos implica mayor moralidad que dejarla exenta de contralor. Admírase a los cónyuges que multiplican en el hogar las cunas hasta abrumarse con intolerable yugo. Pero ¿no es más conforme a razón que en vez de obrar inconsideradamente proporcionen la carga de los hijos, obrando con toda sinceridad ante Dios y ante su conciencia, a la medida de sus fuerzas?

No se nos diga que a pesar de todo vivirán los esposos en constante perplejidad ignorando si los motivos que les han salido al paso en la vida familiar son lo suficientemente graves y atendibles que en conciencia justifiquen la aplicación del método. Porque se encuentran no pocos casos en que las circunstancias palmariamente fuerzan a detener la corriente de la vida, de suerte que es muy fácil ante ellas dictar un juicio práctico que tranquilice la conciencia.

No todos los esposos tendrán la misma delicadeza de espíritu, es cierto, y en un dominio como éste, en el que a menudo sutiles pasiones y cuestiones de interés desempeñan un papel preponderante, no serían de extrañar deformaciones de criterio y de conducta. Los hogares veránse más o menos poblados según sean los esposos más o menos severos en apreciar los considerandos que militen en favor de la restricción de la familia.

Pero pareja suerte corren todas las leyes. Siempre están ellas sujetas a las interpretaciones extremas del laxismo y del rigorismo, mas no por eso son menos necesarias y menos bienhechoras. (*Grave problema conyugal*, C. XI, III).

2. — ¿ES MORAL LA CONTINENCIA PERIODICA?

Nadie podrá dudar que entre esposo y esposa el más poderoso vínculo unitivo constitúyelo el hijo. El es sin duda una nueva fuente instintiva de amor en que se encuentran el padre y la madre. Y más que los motivos sociales el hijo es quien sostiene la unidad del hogar en los días borrascosos de desavenencia. Cada hijo trae un nuevo vínculo que anuda el hogar, y un incentivo nuevo al esfuerzo por la lucha de la vida. Un hijo es un sermón constante que persuade la mutua tolerancia, el mutuo aprecio, la mutua conspiración a crear en este mundo el clima indispensable para que la gracia fecunde los corazones, de suerte que frutezcan en el plano de luz sobrenatural en donde las acciones del hombre, sus esfuerzos, sus plegarias, sus risas, sus lágrimas y sus juegos se truecan en actos merecedores de un divino galardón.

El hijo con sus defectos hace del padre un moralizador. Y, a menos que éste sea tan insincero que pueda unir la prédica de la santidad, en las conversaciones de sobremesa, con amores adúlteros cuidadosamente sigilados, su obligación de predicar moral constituirá para sí propio un constante llamado a la vida interior de honradez. Maravillosa ley de reciprocidad. Los defectos del hijo conspiran a la santidad del padre no menos que la lección

diaria de cultura y de religiosidad impartida por el padre conspira en beneficio de la moral del hijo.

El fin de la unión matrimonial, dice Vermeersch en su *Catecismo del Matrimonio*, es la propagación conveniente de la especie humana. Ahora bien, no será conveniente tal multiplicación si se la deja librada al capricho de la naturaleza, como pretenden inconsideradamente, aunque con la mejor buena voluntad, no pocos rigoristas.

De aquí brota el interrogante: Dentro del matrimonio ¿es inmoral obtener esa conveniente propagación de la especie por medio de la continencia periódica?

Ilusorio es pretender en el mundo hodierno que el hogar católico se enfrente a la aluvial corriente de opinión y de fuerzas económico-sociales que impelen a limitar la fecundidad sin medida de la esposa, desconsiderando a priori toda razón y toda situación de salud o de economías precarias que pudieran ocurrir, como incapaces de justificar la limitación de los hijos, y como igualmente condenable todo recurso marital tendiente a ello. Ahora bien, el matrimonio que abriga entre sus finalidades la de ser lenitivo a la concupiscencia ¿podrá obligar a los esposos, forzados por graves motivos a limitar sus hijos, a que vivan una continencia absoluta reprimiendo de por vida la fusión dual que satisface el exceso de poderío vital y robustece el amor?

Y si por otra parte los fraudes conyugales, tan dolorosamente difundidos en la ciudad y en el campo por métodos abominables que directa y positivamente entorpecen la finalidad precipua de la unión, son inmorales ¿deberán los esposos católicos verse obligados a apelar a ellos ofendiendo a Dios y a sí mismos, degradando la santidad del tálamo, sembrando anormalidades físicas y psíquicas, viviendo en franca rebelión contra la conciencia, distanciándose de los sacramentos, sobresaltando el corazón de angustias, y exponiéndose a condenar el alma habituada al estado de pecado?

En la disyuntiva de guardar una imposible continencia perpetua, o de arrojarse al hábito pecador para limitar el exceso de fecundidad, los jóvenes esposos católicos tan sólo podrán hallar la paz de sus conciencias practicando en sus relaciones íntimas la continencia periódica, que importa mortificación y que conspira a la conveniente propagación de la estirpe.

Con sobrada razón ha escrito Dorsaz: La conciencia de los esposos se vé puesta a prueba cuando han de cumplir las prácticas sacramentales que exige su Fe religiosa. De cien personas casadas que se arrodillan en el tribunal de la penitencia tan sólo diez consienten en no oponerse ya más a la naturaleza. Las demás siguen resueltas a no variar de conducta. De estos seres, algunos hablan en el confesonario de todo menos de sus relaciones conyugales impuras, y abogan si el tema lo requiere en favor de las prácticas inmorales con toda la viveza y habilidad posibles. Obstinadamente defienden sus pareceres. Discuten con el confesor, a quien tratan de dominar. Y prefieren privarse del perdón antes que dar su brazo a torcer. Triunfan si el sacerdote llega a cejar. Si esto no consiguen se encaminan a otro confesonario en busca de un nuevo sacerdote que posea de la vida una "comprensión más amplia y liberal". Y, al término, cuando advierten ya que ningún confesor puede permitirles el uso de preservativos inmorales, acaban por desertar de los sacramentos, y por poner en peligro su misma Fe.

Otros guardan absoluto silencio sobre sus prácticas malthusianas. ¿Obran con sinceridad? —De ninguna manera. Porque si no poseen la convicción del mal que realizan tampoco tienen la persuación del bien. Si frecuentan los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía tiemblan, y no sin razón, ante el terror de multiplicar los sacrilegios.

Los que renuncian al beneficio de estas fuentes divinas de la gracia no ignoran que se alejan de la religión. De esta suerte un mal estado de conciencia condena la frecuencia sacramental de unos y el abandono total de otros. Con ello la Iglesia va perdiendo multitud de fieles. Y almas privilegiadas, que lograron llegar al matrimonio guardando inmaculada la estola del Bautismo, vense forzadas a interrumpir su vida religiosa, a conspirar contra su conciencia y a apostatar de la santidad de que anhelaron rodear siempre sus vidas. (*Ibid.*, C. IV).

●

La licitud de la continencia periódica, en circunstancias que tornen preciso evitar los hijos, consta para los católicos por el hecho de que al presente el magisterio eclesiástico en pleno se ha pronunciado favorable a ella.

Este argumento de autoridad adquiere extraordinaria fuerza probativa desde que se trata de una práctica que compromete la conciencia. Ella no puede pues ser desconsiderada por los encargados de velar por la santidad de las costumbres cristianas.

Y bien: la Iglesia mediante la enseñanza unánime de sus teólogos y moralistas se ha pronunciado en favor de la continencia periódica y la ha aconsejado siempre que serios motivos reclamen su uso.

En prueba de tal aserción podríamos llenar páginas con citas de los más prestigiosos moralistas contemporáneos. Figurarían entre ellos notoriedades del prestigio de Ballerini, Gousset, Noldin, Génicot, Tanquerey, Ubach, Wouters, Vermeersch, Koch, Reiner, Noll, Heymeyer, Duynstee, Buijs, Nassau, Salsmans. Lemaire, Hurth, quien se opuso a Van Mierlo, M. S. C., el único antiguo opositor que hemos conocido del oginoísmo. Este sostuvo la ilicitud del método y fué felicitado por Overbecke, O. P., cuando, hace ya de ello más de medio siglo, por primera vez Capellmann pro-

puso su método de continencia periódica, tan lleno de errores biológicos, al estudio moral de los teólogos.

En nuestra última década sólo un moralista que sepamos, el P. Mayer, objetó la doctrina común de los teólogos. Pero brillantemente refutado por el jesuíta Hurth, tuvo la caballerosidad de retirar su tesis. El P. Mayrand ha escrito con toda razón: "Demasiado hemos sufrido en nuestro ministerio con las almas de suerte que nos es muy grato poner al alcance de todos el conocimiento de un método sano que permite limitar los nacimientos sin ofender la conciencia ni ultrajar a Dios." (*Un grave problema moral*, pág. 47).

Este consentimiento unánime de teólogos y moralistas deriva de las siguientes consideraciones:

1. La continencia periódica difiere de todos los otros métodos malthusianos por que ella no vicia el acto conyugal obstaculizando o impidiendo positivamente su razón funcional de ser, que es la fecundación de la mujer. Los preventivos matan al hijo *en potencia*, que lleva el germen, y se oponen a la obra de la naturaleza entorpeciendo o aniquilando su actividad funcional. Con razón pudo decir Santo Tomás que se escondía en esta actitud inmoral un verdadero crimen. En tanto que la continencia periódica ni obstaculiza la acción biológica ni impide la unión y fecundación de los elementos maternos, ni puede decirse bajo ningún aspecto que entrañe un crimen *potencial*.

2. La más estricta moral católica reconoce el derecho que poseen los esposos a intimar en tiempos en que es imposible la fecundación; como, por ejemplo, cuando la esposa está encinta o ha traspasado las etapas menopáusicas. Y arguyen en favor de la licitud del acto por el hecho de que, si no conspira en forma alguna contra el fin primario del matrimonio, que es la fecundación, excluída por la misma naturaleza, obtiene al menos los fines secundarios; a saber, la legítima satisfacción amorosa y la conveniente indulgencia a la impulsividad sexual, que torna posible a los esposos la castidad matrimonial. Cabe argüir de idéntica manera en pro de la licitud de la continencia periódica.

Con razón ha escrito Duynstee: "Cúmplese el acto matrimonial de tal suerte que hay posibilidad de concepción, cuando se aplica la continencia periódica. El hecho de que esa concepción no se produzca no proviene del modo de ejecutarlo sino de circunstancias independientes a la acción misma: tales son la ausencia del óvulo idóneo para la fecundación. Por ello el acto generador no conspira contra su fin primario y natural, y por lo mismo desaparece la causa que lo volvería intrínsecamente malo." (Citado por Smulders, *De la continencia periódica*, pág. 155).

3. Invadiría el fuero inalienable de la familia el Estado o la sociedad civil que presumiera obligar a los esposos a uniones sexuales en los períodos en los que se prevé la fertilidad. Ninguna ley les fuerza a intimar en días genésicos. Y siempre que la continencia y el propósito de evitar la numerosidad de la prole esté legitimado por fines honestos tal continencia y tal propósito son virtuosos.

4. He oído contradecir la licitud moral de la continencia periódica con este argumento especioso: usar el matrimonio —dícese— en los días agenésicos y evitar su uso en los días genésicos aunque no es en sí malo en razón del acto, ¿cómo puede dejar de serlo desde que el fin inspirador de ese comportamiento es precisamente evitar los hijos? ¿No ocurre aquí que una acción de sí indiferente o buena resulta viciada por una finalidad perversa, la de frustrar dolosamente la razón primordial del matrimonio?

A ello respondo: En efecto, si fuera fin del matrimonio procrear sin norma racional alguna, como ciertos puritanos de excelente fe y hermético criterio opinan, y la prerrogativa de procrear se tornara un deber tal que no contara para nada la razón, de suerte que el único sano criterio fuera preciso formularlo así: fin del matrimonio es tener hijos todos los posibles, a más y mejor, confieso que, de primar este criterio, el oginoísmo no podría aplicarse lícitamente en las relaciones de los esposos sin culpa moral, fueran las que fueren las razones graves que obligaran a limitar la familia. Pero, si la procreación constituye un acto racional, lo que nadie que medite con profundidad el tema podrá negar, y el fin primordial del matrimonio que es procrear hijos no debe ser perseguido sino según razón y conciencia. la aplicación de la continencia periódica no puede en forma alguna ser culpada de inmoral. cuando fuere exigida por justas razones.

●

Cuanto aquí sugiero expresa con claridad que nunca justificará se eviten los hijos, antes constituirá un desorden sino grave que acarree culpabilidad mortal al menos leve, pero de todos modos desorden y abuso, la aplicación del método sin graves razones.

Ahora bien, advierte Dorsaz, hay un motivo esencialmente falto de razón, y es el del placer. El placer acompaña la mayor parte de las acciones buenas en sí mismas o indiferentes. Así lo dispuso la naturaleza siguiendo los planes divinos. El placer es un medio y no puede por lo tanto trocarse en fin; semejante transposición constituiría un vicio moral. No es lícito comer ni beber por la mera satisfacción. La necesidad del alimento y de la bebida para vivir es la que da derecho a saborear el placer inherente a esas operaciones. Asimismo, no es lícito buscar el deleite sexual únicamente por el deleite. Esta doctrina contraria diametralmente al mundo moderno, mas no por eso deja de ser la expresión de la verdad. (*Ibid.* C. IX, II).

En nuestros medios intelectuales es frecuen-

te hallar personas prevenidas contra la moralidad del oginoísmo por parecerles que la fusión conyugal racionada viste las relaciones amorosas de un carácter francamente concupiscente, no sin ultrajar la dignidad de la mujer.

Restando a la objeción cuanto posee de emocional y declamatorio, es fácil descubrir que ella entraña un desconocimiento de los fines secundarios del matrimonio. Tales son: el remedium concupiscentiae, especie de indulgencia a la brama sexual justificativa según sentir de todos los escritores y tratadistas católicos de la vinculación de los esposos aun más allá de las menopausia; y el mutuum adiutorium, esa complementación psico-biológica que les presta fortaleza para afrontar las dificultades materiales y espirituales que ocurran al paso.

La mujer, y particularmente la mujer católica, sabe perfectamente que le cumple la misión de proteccionar la santidad del esposo colaborando a su pureza. Para ella el matrimonio posee un significado sacramental, constituído por el simbolismo de la unión de Jesucristo con la Santa Iglesia. Sabe, por consiguiente, que su condescendencia a la invitación amorosa del esposo, en los días en que la misma naturaleza torna imposible la fecundación, responde a ulteriores finalidades del matrimonio no exentas de santidad y simbolismo sacramental.

No debe olvidarse, por otra parte, que con justicia se ha llamado a este método continencia periódica, nombre que entraña un contenido ascético, y con toda verdad. Porque dista diametralmente de las fraudulencias anticoncepcionales que vician y entorpecen el proceso funcional de la unión de los sexos, y que corrompiendo el espíritu rebajan el amor hasta los sucios fondos de la sensualidad insaciable.

El hombre y la mujer habituados a tales métodos, no regulados por continencia alguna y adversarios solapados de la naturaleza, degradan ciertamente el matrimonio y sacrifican la pureza apolínea del erotismo, como Spranger diría, sumergiendo el alma de los esposos en una degradante y orgiástica noche dionisíaca.

La naturaleza mortificada y vulnerada por los métodos onanistas es lógico se tome represalias y cubra de vergüenza, desesperación, propio asco, degeneración y aun demencia a quienes hallan en el preservativo un criminal aliado de sus placeres irrepresos.

Es tal a veces la degradación que experimenta la mujer, cuando se la fuerza a entorpecer el proceso funcional del sexo, que algunas esposas y jóvenes en sus caídas morales no alcanzan a experimentar satisfacción orgástica, inhibidas por el ahogo de la defección moral, de la culpa y de la vergüenza.

Para los esposos onanistas y neomalthusianos el matrimonio no es más que una cortina social tras la cual se oculta el prostíbulo. Y los apelativos de esposo y de esposa no son nada más que dos fórmulas pulcras para designar al barragán y a la hetaira.

Y creo haber sugerido lo bastante como para que se patentice la calumnia cometida por cuantos, confundiendo la continencia periódica con los métodos onanistas, se permitieron llamarla anticoncepcionismo o malthusianismo disfrazado.

No me corresponde justificar este método ante quienes temen habrán de seguirse de su uso afecciones físicas o al menos psíquicas perjudiciales a la madre.

Ni creo deban tomarse en consideración los que protestan porque "proceder en la intimidad marital con cuentas de calendario es antiestético y repugna a quienes viven en el matrimonio envueltos en una bruma de lirismo y afectividad, que no es dado sostener a silbos de horario".

Tales ingenuos cuando descienden un día de la beatitud bodeleriana y de la bobería lírica suelen brincar al extremo contrario de arrojarse a perversiones sexuales en la vida matrimonial propias de patógenos y de gedeones. Y ahora me percato de que nada puede pensarse más inútil que presumir entrar en razón con bodelerianos y gedeonianos.

Quiero sintetizar en este lugar una página del célebre casuista Ter Haar, a quien he citado anteriormente.

Puede asegurarse, dice, que al presente ningún moralista católico contradice la aplicación del método de los días agenésicos en circunstancias que fuercen a los esposos a su uso. ¿Qué deberá responderse, empero, a aquellos cónyuges que guardan continencia periódica tan sólo por evitar la incomodidad de los hijos, por gozar el placer del amor, y de los deleites de la vida sin trabas ningunas? ¿Deberá el confesor argüirles de pecado mortal?

A tenor de la proposición 9ª condenada por el Papa Inocencia XI, los actos conyugales efectuados únicamente por el placer que proporcionan no están exentos de pecado. De donde se sigue que sin culpa venial, por lo menos, la práctica de la continencia periódica no puede adoptarse si la inspira tan sólo el placer. Más aún, no falta algún teólogo que juzgue ilícita gravemente la práctica injustificada del método, cuando se lo adopta de por vida o por muchos años. La mayoría muy mayor de los moralistas opina, sin embargo, que ni aún en estas circunstancias puede argüirse a los esposos de culpabilidad mortal. (Casus conscientiae, Vol. II, pág. 153).

3. — MOTIVOS QUE JUSTIFICAN LA CONTINENCIA PERIODICA

Frecuentemente me he referido en estas páginas a graves razones que legitimarían la adopción del método. Quiero precisar ahora qué razones clasifica de suficientemente graves la moral católica.

Sabido es, dice Ter Haar, que en nuestros tiempos innumerables familias católicas padecen las consecuencias de la crisis económica que golpea al mundo, de suerte que les resultaría dificultoso en extremo alimentar y educar un enjambre de hijos. Sobre todo si se advierte que el fin del matrimonio respecto a los hijos no para tan sólo en engendrarlos, sino que reclama se los eduque convenientemente, lo cual exige no pocas erogaciones. Según esto, siempre que las economías domésticas no permitan prever que será posible la educación conveniente de los niños podrán los padres, con absoluta tranquilidad de conciencia, distanciar o evitar los hijos, intimando tan sólo en los días agenésicos.

En numerosos casos el testimonio justificado de un médico consciente y católico avisará a la esposa que, atendido el estado de su salud, un nuevo alumbramiento la llevaría a correr grave riesgo o a peligrar en su vida. Al testimonio médico nada infrecuentemente podrá la esposa sumar su propia experiencia. En tales circunstancias pueden los esposos por medio del oginoísmo evitar moralmente el peligro de la salud o de la vida.

No pocas veces, por desgracia será dado comprobar palmariamente que las funciones genésicas hállanse minadas para siempre, o por largo tiempo, porque cargan los esposos en su sangre taras hereditarias que hacen temer vástagos raquíticos, patológicos, degenerados. Motivos eugenésicos justifican suficientemente la aplicación del método.

Añádase a ello el hacinamiento familiar, la miseria de los salarios, la extraordinaria fecundidad, qu epermite prever una decalcificación en la madre y muchos otros razonables motivos capaces de disipar toda perplejidad sobre la lícita aplicación del método. Por otra parte, queda siempre a los esposos el recurso expeditivo de consultar a un sacerdote docto o a cualquier persona consciente y autorizada que pueda garantirles la licitud del temperamento que se proponen adoptar.

No hay duda que los esposos envueltos en las graves dificultades que acabamos de insinuar corren el riesgo de apelar a inmorales procedimientos para evitar la fecundidad; y que la continencia periódica constituye un eficaz remedio contra las abominables prácticas onanistas y neomalthusianas. En estos casos y enfrentados a tan gran peligro los esposos no sólo pueden sino que deben practicar la continencia periódica, como quiera que constituye ella el único remedio natural y a su alcance.

El rigorista que pretendiera solventar esta gravísima situación moral con el recurso demasiado simplista y demasiado expeditivo de obligar a los esposos a castidad perpetua y a recurrir, si no sienten para ello las debidas fuerzas, a la oración, recuerde que Dios ha prometido sus gracias extraordinarias cuando no existen ya medios naturales para evitar el pecado: y ese medio natural y práctico pueden encontrarlo los esposos precisamente en la castidad periódica.

4. — LA DISMINUCION DE LA NATALIDAD

La práctica de la continencia periódica ¿no atenta contra los cimientos de la futura grandeza de nuestra patria al propender a la disminución de la natalidad?

La grandeza material de un país es resultado directo de su prosperidad económica; y éste es fruto de los brazos que cultivan la tierra o que mueven las maquinarias de las fábricas. Atendido nuestro mínimo coeficiente de densidad étnica, nuestros gobiernos deben favorecer en todo lo posible y con leyes eficaces la fecundidad del hogar argentino.

Quien creyera que la guerra ha sido producida por el exceso de población europea, por la cesantía, la desocupación, el paro o la exasperación económica, erraría de plano. La guerra es fruto inicuo de la especulación individualista liberal, por una parte, y por otra de la soberbia nietzchiana que inspiró al racismo.

Una distribución proporcional y sabia de la riqueza entre los estados, y el convencimiento de que los bienes nacionales poseen una función internacional habría evitado la condena a muerte de los quince o veinte millones de hombres sacrificados en esta feroz matanza.

Los egoísmos nacionales con sus cálculos estrechos han inspirado el acaparamiento de riquezas, como el trigo, el petróleo, el acero, la tierra colonial, o el mar, excluyendo de su beneficio a los pueblos menos dotados y condenándolos a la asfixia étnica, a la inanición y al hambre, que desflaga su inquina concentrada primero en guerras económicas y después en conflictos armados. "La tierra —decía León XIII— aunque repartida entre privados queda igualmente al servicio y beneficio de todos, y mientras los egoísmos nacionales no impidan que afluya a los pueblos equitativamente el beneficio de la riqueza el mundo vivirá profundas convulsiones".

Mas, a lo que íbamos. No puede menos de reconocerse que la fecundidad de los hogares conspira al encumbramiento físico y moral de un pueblo. Porque los hogares ricos en hijos no sólo proporcionan valores para el trabajo, sino que crean clima adecuado a la virtud. En el hogar fecundo no halla ambiente el divorcio, la infidelidad conyugal ni el desbordamiento lujurioso.

Debe el gobierno velar porque se mantenga y desarrolle la población. Porque la experiencia nos alecciona que cuando la fecundidad es normal los pueblos viven: cuando ella abunda, prosperan; y cuando disminuye declinan. Y entonces el Estado probará interesarse por las familias numerosas cuando con prevenciones legales, económicas, jurídicas las defienda, sin extralimitar sus atribuciones,

de suerte que no corrompan a la familia la irreligión y la inmoralidad pública. Por desgracia, los gobiernos muy poco se han empeñado en asegurar la fecundidad de la familia, de suerte que no sin razón bien podría repetirse aun ahora aquello que dijo Renán: "Pareciera que las leyes han sido dictadas para que los hombres nazcan expósitos y mueran célibes".

Si los esposos al anudarse matrimonialmente y constituir una familia asumen la responsabilidad social de dar a la patria ciudadanos, y la responsabilidad moral de dar a la Iglesia hijos fieles, y la responsabilidad sobrenatural de dar al cielo pobladores sumidos eternamente en inefable consorcio con la divina naturaleza que conspiren a la gloria de Dios; y, por todo ello, es criminal que con métodos anticoncepcionales esterilicen sus tálamos; sin embargo ni Dios ni la Iglesia ni la patria puede reclamarles cuando la continencia y la pureza han constituído los métodos con los cuales limitaron la fecundidad (Dorsaz, **Ibid.**, C. XI).

"Desde el punto de vista del matrimonio, afirma el Cardenal Verdier, el número de los hijos no interesa a la moral. Lo único que interesa es que las leyes matrimoniales se observen. Muy moral será una familia con un hijo, en tanto que pueden ser culpables algunos esposos que exhiben progenitura múltiple. Mientras esté a salvo la santidad del trato íntimo matrimonial y no sea viciada la unión de la pareja familiar por métodos y preservativos inmorales los hijos poblarán los hogares en número suficiente de suerte que quede del todo asegurada la independencia de las naciones". (**Problemas de la natalidad**, pág. 26).

"En la lucha contra el neomalthusianismo es un error arbolar siempre el espantajo de la despoblación. Por encima del deber de poblar la patria, si acaso tal deber existe, se alza en favor de los esposos, el de respetar los derechos de la naturaleza. Por consiguiente no razonemos al revés. No digamos: Vuestro deber es procrear hijos porque los necesita la patria, lo que equivaldría a condenar la virginidad y el celibato. Debe más bien decirse: cumplid con vuestro deber y la patria jamás carecerá de ciudadanos" (Mayrand, O. P. **Un problema moral**).

De donde debemos concluir que el gobierno que favorezca eficazmente la expansión de la familia labrará la grandeza de la patria. Al establecer salarios familiares y subsidios especiales a las familias prolíferas logrará que ellas no se vean forzadas en conciencia a esterilizar sus tálamos por no poder convenientemente subvenir a la educación de numerosos hijos.

¿Puede la autoridad civil hallar en la enseñanza de la continencia periódica convenientemente divulgada un enemigo de su grandeza? Si lo hallara se culparía a sí mismo, antes que a nadie, de no haber favorecido previamente la expansión de la familia, con eficaces recursos y ayudas económicas, de suerte que habría obligado a los esposos a vivir en situaciones materiales en las cuales es atentatoria la procreación.

¿Peligrará la especie, se despoblará la nación si prudentemente es difundida en los hogares y llevada al conocimiento de los médicos la práctica de la continencia periódica?

—La mujer normal y sana siempre desea hijos. Y mientras más abnegada es y más cristiana se arroja con razonado heroismo, puesta la confianza en Dios, a la noble tarea aureoladora de la maternidad.

Con justicia debemos colegir, además, que quienes adoptan un método moral para controlar la excesiva fecundidad del tálamo y no apelan al birth-control por medio de utillajes nefandos, son personas honorables precisadas circunstancialmente por precaria salud, economías o estrechez de vida.

La denatalidad y la extinción paulatina de la grey humana debe atribuirse con toda justicia a las parejas innumerables que, sin atender para nada a la licitud de los métodos contentivos de la vida, esterilizan sus intimidades por pura voluptuosidad, contrariando y torciendo los dictámenes de la conciencia.

No quiero usar del patético ni gastar fáciles sarcasmos. Pero no puedo resistirme a decir que antes de censurar y prohibir la prudente divulgación del Método de Ogino debe el gobierno, por justicia y por decoro nacional y para guardar al menos las apariencias de la cultura ante el extranjero, evitar se haga propaganda tamborilada de preservativos y pesarios, y se trafique públicamente con operaciones abortadoras.

La continencia periódica tranquilizará las conciencias, ayudará eficazmente a que muchas esposas, que padecen la tragedia de una dificultosa fecundación, logren más fácilmente la ansiada gloria de la maternidad. Porque —y lamento no tener espacio para insistir más sobre este tema— el oginoísmo si, por una parte, permite el intercambio marital con seguridad de evitar la fecundación en los días agenésicos, asegura, por otra parte, la fecundidad en los días concepcionales o genésicos; conspirando así científicamente a la propagación de la especie. De suerte que lejos de culpársele como método despoblador debe considerársele un eficaz aliado de la propagación consciente y racional de la vida.

Puede asegurarse también que el oginoísmo invitará a muchos, a muchísimos onanistas consuetudinarios a morigerar su conducta, logrando que no burlen positivamente ni vicien las leyes de la naturaleza y evitando el alud de histerismos, neurosis e irritaciones que estragan el organismo de la mujer, y la arrojan a desesperantes estados de incurables patologías.

5. — ENVIO

La licitud de la continencia periódica, como queda probado, dejó de ser desde hace ya algunos años tema de duda o de controversia, desde que el Magisterio de la Iglesia se ha pronunciado en su favor por medio de la enseñanza casi unánime de los moralistas y por algunas respuestas autorizadas de las Congregaciones romanas, cuya ratificación se espera.

Reitero. Si con delicadeza y la conveniente cautela se lleva al conocimiento de los esposos un método moral para evitar la superpoblación de la familia en circunstancias en que es ello preciso ¿quién podrá dudar que en no pocos hogares desaparecerán de pronto los fraudes conyugales y las habituales ofensas al Creador? ¿No somos bastante responsables del alud neomalthusiano que asuela la vida marital contemporánea y encallece las conciencias en el pecado por dejar remansada la verdad en estancos de prudencia perniciosa y de culpable sigilo?

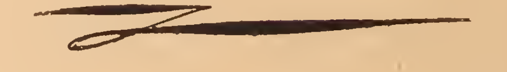
Creo preciso alzar la voz sobre este tema aun corriendo el riesgo de ser malentendido, culpado de novelero, de espíritu irrequieto, tal vez de perturbador de las conciencias y de laxista.

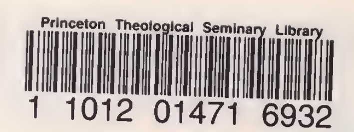
En esta materia el silencio es muy cómodo y la acidia mental se disimula admirablemente bajo el sayo de la prudencia y del rigorismo contraproducente, clásico fecundador de los peores desbordamientos de la inmoralidad. Por suerte no nos hemos resignado a vivir la vida entera con nuestras ideas y nuestros sentimientos acantonados en cuarteles de perenne invierno.

Cuente con toda mi amistad.

Buenos Aires, mayo de 1944.

Hernán Benítez.




Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01471 6932